

ALOCUCION "SOUS LA MATERNELLE PROTECTION"(*) (9-XII-1957)

SOBRE LA PERFECCION DE LA VIDA CRISTIANA Y LOS ESTADOS DE PERFECCION

PIO PP. XII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

INTRODUCCION:

FINALIDAD DEL CONGRESO

AAS 1. **Motivo de la Reunión del Segundo Congreso.** Bajo el maternal amparo de MARÍA Inmaculada, la más sublime de todas las criaturas y dechado de quienes tienden a la perfección de la

vida cristiana, habéis querido, amados hijos y amadas hijas, reuniros en Roma para estudiar los problemas actuales de los estados de perfección, a la vez que celebrábais el 50º aniversario de la ordenación sacerdotal del muy digno y celoso Cardenal Prefecto de la S. Congregación de Religiosos.

(*) A. A. S. 50 (1958) 34-43, en francés. La versión española se debe a la gentileza de L'Osservatore Romano, edición castellana, Buenos Aires, Año VII, Nº 318, del 2-I-1958.

ORIENTACION

Al iniciarse el 2º Congreso de los Estados de perfección, organizado por la S. Congr. de Religiosos, y realizado del 8 al 14 de Diciembre de 1957, Pío XII dirigió a los delegados en francés la presente alocución que, sin decirlo rememoró el X aniversario de *Provida Mater*.

1. *Tres fines y tres documentos.* Se señalan tres fines: 1) tributar un homenaje al Prefecto de la S. C. de Religiosos, Cardenal Valerio Valeri, con motivo de sus bodas de Oro sacerdotales; 2) el de completar la organización iniciada en el Primer Congreso de los Estados de Perfección en 1950, exponiendo los objetivos, límites y criterios para los Superiores mayores e indicándoles cuál es el programa de actividades e iniciativas, tendientes a consolidar el espíritu y la vitalidad de los Estados de Perfección y cuál el lugar y la misión que les corresponde en el cuadro general de la Iglesia; 3) el de tratar temas especiales para ilustrar la doctrina y la aplicación de los tres documentos importantes de Pío XII al respecto: *Provida Mater* (1947), aprobación de los Institutos Seculares; *Sponsa Christi* (1950), primer ejemplo de adaptación de las Ordenes a los tiempos modernos y federación de monasterios, y *Sedes Sapientiae* (1956), síntesis de los principios que en la formación religiosa, sacerdotal y apostólica los miembros de los Estados de Perfección deben aplicar.

2. *Los Estados de Perfección.* En el presente Discurso Pío XII traza un cuadro panorámico de los Estados de Perfección, explicando primero la terminología utilizada por la S. Congr. a raíz de la Const. Apost. *Provida Mater* y ya consagrada en el Anuario Pontificio; o sea, que el concepto de perfección en sentido estricto no se identifica con el "estado" de perfección, antes bien lo sobrepasa ampliamente; pues, la perfección cristiana heroica puede hallarse también fuera de todo estado de perfección. Todo cristiano debe tender a la perfección, pero de una manera más perfecta y completa se realiza este ideal en los tres estados de perfección que describe el Código Canónico. Los Estados de Perfección no monopolizan la perfección pero la favorecen.

Respecto a los *Institutos Seculares* y su fundamento la Const. Apost. *Provida Mater* dice que ella abre el acceso de los Estados de Perfección al mayor número posible de almas que hoy aspiran ardientemente a una vida más perfecta.

Para ellos tuvo que crearse este nuevo término *Estados de Perfección*, pues, no siendo religiosos en sentido estricto no pertenecían al *estado religioso* pero sí al *estado de perfección*.

Luego había que actualizar, modernizar, poner al día los Estados de Perfección. En el fondo no se pueden actualizar los Consejos evangélicos, por ejemplo la castidad, la obediencia, por cuanto son de valor duradero e invariable pero hay una actualización exterior, de la mutua unión y colaboración entre todas las comunidades religiosas. Hay también una actualización interior de cada del Fundador (ya lo había dicho Pío XI en la Carta Apostólica *Unigenitus Dei Filius*, en esta Colección: tiempo y aun cierta adaptación de las Constituciones. La mejor actualización es vivir el espíritu del Fundador (ya lo había dicho Pío XI en la Carta Apostólica *Unigenitus Filius*, en esta Colección: Encicl. 135, 8, págs. 1055-1056).

A continuación insiste el Sumo Pontífice en el concepto fundamental de la obediencia y deshace algunos equívocos al respecto. Como ya señaló en la Exhortación Apost. *Menti Nostræ*, al hablar a los sacerdotes del espíritu la sumisión y humildad que debe animarlos "a imagen de aquella humildad" (A. A. S. 42 [1950] 662) y en la Alocución dirigida a los Religiosos el 8-XII-1950 con ocasión del I Congreso General de los Estados de Perfección, después de lamentar el falso concepto que acerca de la vocación religiosa tiene la juventud moderna que busca una libertad ilimitada: *Dema-*

2. La labor de las Asociaciones nacionales de superiores mayores. En más de 25 naciones de todos los continentes, existen hoy asociaciones de

siado duro se ha estimado el estar despojado de la voluntad y renunciar a su libertad: cosa ésta que es requerida por la naturaleza del voto de obediencia"; el Consejo evangélico exige la renuncia a la libre disposición de sí (Pío XII, Actas y Discursos 1950, Tomo XII, p. 401-402). Hacia el final se refuta el reproche que se hace a la Santa Sede de centralizar demasiado las actividades, para terminar con la exhortación de ser hombres perfectos, al decir de San Pablo.

3. Las nuevas Constituciones de la Tercera Orden Franciscana. Al mismo fin, el de la renovación de los Estados de Perfección sirve la aprobación de las Constituciones de la Tercera Orden Franciscana que cuenta en el mundo con unos tres millones de miembros.

Desde que León XIII, en *Misericors Dei Filius*, del 30-V-1883, sancionara la Regla adaptada a las nuevas circunstancias, ella no ha sufrido cambios. Hace diez años, en 1947, los Comisarios Generales de T. O. F. propendían a una nueva adaptación; después de muchas consultas, estudio de esquemas y numerosas sesiones se presentó el texto al Prefecto de la S. Congregación de Religiosos, Cardenal Valerio Valeri, el 7-II-1957 y fue aprobado por él. Por primera vez en sus siete siglos de historia recibe la T. O. F. un comentario oficial de la Regla en las Nuevas Constituciones. El Primer Capítulo describe la esencia de la profesión, el carácter y la finalidad, así como el apostolado individual y común; luego habla del uso del escapulario y del cordón, observancia de los consejos evangélicos, el rezo de las oraciones rituales y el ámbito del apostolado terciario.

4. Los tres discursos Pontificios a las monjas de clausura. Pío XII, aceptando la propuesta de la S. Congr. de Religiosos por la que se le pidió hiciera llegar por Radio, en *invisible audiencia* una especial exhortación a las 100.000 religiosas de clausura de todo el mundo, decidió dirigirles una *Alocución* dividida en tres partes: la tercera, se pronunció el 2-VIII-1958, fiesta de Portiúncula; la segunda parte, pronunciada el 29-VII-1958, versó sobre el milenario lema "Ora et labora", y la insistencia del Sumo Pontífice sobre la necesidad de que las monjas enclaustradas trabajaran, fue una indicación importante del futuro progreso en este sentido; la primera fue pronunciada el 19-VII-1958.

La S. Congr. de Religiosos había ordenado se informara a todos los monasterios de este nuevo método de Pío XII de ponerse en contacto con las almas consagradas a Dios. Por primera vez en la Historia se colocaron aparatos de Radio en los más de 3.000 conventos de monjas de clausura estricta, para que éstas pudieran escuchar directamente al Vicario de Cristo. Pío XII habló sobre la vocación a la vida contemplativa-canónica distinguiéndola del *deseo de Perfección en general*. La vida contemplativa-canónica, dijo el Sumo Pontífice, constituye un ideal determinado por las leyes de la Iglesia, el cual ideal se realiza en las formas más diversas. Recordando las definiciones de la Const. Apost. *Sponsa Christi*, señaló que la vida contemplativa no consiste en la vida interior basada en las tres virtudes teologales, pues a ella están llamados todos los cristianos, sino en los votos solemnes, la clausura, el rezo del Oficio y la autonomía e independencia de cada uno de los monasterios, todo ello ordenado, naturalmente, hacia la contemplación interior. La unión con Dios en oración y meditación debe ocupar el primer lugar, dominando todos los pensamientos y acciones. La clausura y los ejercicios de piedad no son sino medios para alcanzar ese fin. El Papa termina llamando la atención sobre la formación de las monjas, indicando especialmente la teología mística, la cual a través de los siglos se mostró muy propicia para orientar espiritualmente a las monjas.

A continuación reproduciremos íntegramente las tres partes del Radiomensaje papal a las Religiosas de clausura de todo el mundo, transmitido en su primera parte por Radio Vaticana el 19 de julio de 1958, el que comienza: "*Cédant volontiers à vos instances*" (AAS 50 [1958] 562-586):

Discurso: PRIMERA PARTE

AAS 50 1. Regocijo del Papa y tema de la exhortación.
50 Cediendo de buena voluntad a vuestras instan-
562 cias, Nos regocijamos, queridas hijas, al dirigir hoy la palabra a todas las religiosas del mundo católico y hablaros del asunto que más íntimamente tenéis en vuestro corazón: vuestra vocación a la vida contemplativa.

563 2. "Audiencia invisible" para la "porción escogida" de la grey de Cristo. Cuántas veces, quizá, habéis envidiado la dicha de los peregrinos que se reunían, ya en las espaciosas naves de la Basílica de San Pedro, ya en las salas del Vaticano, para manifestarnos su orgullo de pertenecer a la Iglesia Católica Romana y su alegría al escuchar la palabra de su Pastor Supremo. Ahora, Nos recordamos vuestros tres mil doscientos monasterios diseminados en el mundo entero y, en cada uno de ellos, vuestros grupos reunidos, audiencia invisible y silenciosa, pero vibrante por la caridad que os une. ¿Cómo no hablais de estar vosotros presentes en Nuestro pensamiento y en Nuestro corazón, vosotras que formáis en la Iglesia una porción escogida y llamada a participar más estrechamente en el misterio de la Redención? Así, pues, con todo nuestro paternal afecto, queríamos hablaros acerca de la vida religiosa, idéntica para todas en sus elementos esenciales, pero matizada en las diferentes Ordenes con perfiles diversos según la inspiración de los fundadores y las circunstancias históricas por las cuales ha atravesado su obra.

3. Lo que la vida contemplativa canónica y sus diversas formas. La vida contemplativa canónica es un camino hacia Dios, una ascensión con frecuencia austera y dura, pero donde el trabajo cotidiano, fundado en las promesas divinas, se ilumina ya con la posesión, oscura todavía, pero cierta, de Aquel hacia el cual tendéis con todas vuestras fuerzas, Dios. Para mejor corresponder a vuestra vocación, esperáis de Nos palabras que os ayuden a comprenderla mejor, a amarla con un amor más puro y generoso y a realizarla más perfectamente en todas y cada una de vuestras actividades.

Esta ascensión hacia Dios no es el simple movimiento de la creación inanimada, ni el solo ímpetu de los seres dotados de razón, que le reconocen como su Creador y le adoran como Ser Infinito que trasciende sin medida todo lo que existe de grande, de hermoso y de bueno. (cf. Conc. Vat. ses. III, cap. 1, Denz. n. 1782). Es más que la elevación de la vida cristiana ordinaria, o que la misma tendencia a la perfección en general; es un ideal de vida determinado, por las leyes de la Iglesia y por eso se llama vida contemplativa canónica. Sin embargo, lejos de realizarse en un tipo determinado, tal vida reviste diversas formas según las características y los rasgos propios de las diversas familias contemplativas, como, por ejemplo, entre las Ordenes femeninas, las Carmelitas, las Clarisas, las Cistercienses, las Cartujas, las Benedictinas, las Dominicas, las Ursulinas. Esta vida contemplativa, diversificada según las familias religiosas —y aún

Superiores mayores, religiosos y religiosas, las cuales, estrechamente vin-

en cada una de ellas, según sus miembros— es un camino que conduce a Dios; es Dios quien constituye su principio y su fin, quien sostiene sus fervores y la llena por completo.

PARTE I: CONOCER LA VIDA CONTEMPLATIVA

4. *El conocimiento de la vida contemplativa como camino que conduce a Dios.* Queremos primeramente hablaros del conocimiento de la vida contemplativa como camino que conduce a Dios. Para vivir plenamente el ideal que os proponéis, es menester que conozcáis lo que sois y lo que proponéis alcanzar.

La *Constitución Apostólica "Sponsa Christi"*, del 1º de noviembre de 1950 (A. A. S. 43 [1951] 5-10), en la primera parte, contiene una exposición del estado de las *vírgenes consagradas a Dios*, desde los orígenes del cristianismo hasta las recientes formas de la institución monacal. Sin repetir lo que entonces escribimos, llamamos vuestra atención sobre el interés que tiene para vosotras el conocimiento, aunque sea sumario, de la evolución de la vida religiosa femenina y de los diferentes aspectos que tomó en el curso del tiempo. Así apreciaréis mejor la dignidad de vuestro estado, la originalidad de la Orden a que pertenecéis, y sus vínculos con toda la tradición católica.

5. *Algunos principios generales sobre la naturaleza de la vida contemplativa.* Nos detendremos solamente aquí en los principios generales que permiten precisar, con respecto a otros géneros de vida, la naturaleza de esta que vosotras vivís. Para ello detengámonos en la doctrina tan sobria y tan segura de *Santo Tomás*. Según este Maestro de la Teología Católica, la actividad humana puede distinguirse en vida activa y vida contemplativa, de la misma manera que en la inteligencia humana, que constituye la parte propia del hombre, pueden considerarse dos aspectos, activo o pasivo. Ella se ordena, en efecto, tanto al conocimiento de la verdad, obra de la inteligencia contemplativa, como a la acción exterior que procede del entendimiento práctico o activo. (S. Th. 2º, 2ª. q. 179 a. 1º ad 2um; a. 2º in c.). Pero para *Santo Tomás*, la vida contemplativa, lejos de encerrarse en un intelectualismo sin alma y limitado a la especulación abstracta, pone en juego también la afectividad, el corazón. Y encuentra la razón de ello en la naturaleza misma del hombre, porque es la voluntad la que hace obrar a las otras facultades humanas; es ella la que moverá a la inteligencia a ejercer sus actos. La voluntad pertenece al dominio de la afectividad; y así es el amor el que mueve la inteligencia en su ejercicio: ya sea amor a la cosa conocida. Citando a *San Gregorio*, S. *Tomás* muestra la "parte que tiene el amor de Dios en la vida contemplativa: *"en cuanto que por el amor de Dios el hombre se inflama en el deseo de contemplar su hermosura"*—. El amor de Dios que *Santo Tomás* pone al principio de la contemplación, lo pone también a su término: la contemplación se completa en el gozo y la quietud que gusta cuando ella posee el objeto amado (S. Th. 2ª 2ª q. 180, a. 1 in. c.). Así, la vida contemplativa está penetrada completamente de la caridad divina que inspira sus caminos y recompensa sus esfuerzos.

El objeto de la contemplación para *Santo Tomás*, es principalmente la verdad divina, fin último de toda la vida humana; como disposiciones preparatorias, requiere en el hombre el ejercicio de las virtudes morales; en sus progresos, se sirve de los otros actos de la inteligencia; antes de llegar al término de su especulación, se apoya en las obras visibles de la creación, reflejo

culadas con la Santa Sede y la Jerarquía eclesiástica de su país, se dedican

de las realidades invisibles (cf. *Rom. I. 20*); pero de las realidades invisibles (cf. *Rom. I. 20*); pero su perfección última la encuentra únicamente en la contemplación de la verdad divina, bienaventuranza suprema del espíritu humano (S. Th. 2ª q. 180 a. 4 in. c.). ¡Cuántas incomprendiones, cuánta estrechez de miras, cuántos juicios erróneos se evitarían si, cuando se habla de vida contemplativa, se tuviese cuidado de recordar la doctrina del Doctor Angélico, de la cual Nos hemos recordado los rasgos esenciales!

6. *Naturaleza de la vida contemplativa según la Constitución "Sponsa Christi"*. Debemos ahora determinar en qué consiste la vida contemplativa canónica que vosotras practicáis. Tomamos su definición de la *Constitución Apostólica "Sponsa Christi"*, en el artículo 2, p. 2 de los *Estatutos generales para las monjas*: *"Con el nombre de vida contemplativa canónica se entiende, no esa vida interior y teológica a la cual todas las almas que viven en religión y aun en el mundo, están llamadas, y que cada una puede llevar consigo misma a todas partes; sino la profesión externa de vida religiosa que, tanto por la clausura cuanto por los ejercicios de piedad, oración y mortificación, como también por los trabajos a los cuales las monjas deben dedicarse, está dirigida a la contemplación interior, de tal manera que toda la vida y toda la actividad puedan fácilmente y deban eficazmente estar penetradas por la prosecución de este fin"* (A. A. S. 43 [1951] pág. 15-16). Los artículos siguientes numeran una serie de elementos propios del estado monacal: los votos solemnes de religión, la clausura papal, el oficio divino, la autonomía de los monasterios, el trabajo monástico, y, en fin, el apostolado. Nuestra intención no es detenernos en cada uno de estos puntos, sino hacer una breve exégesis de la definición antes citada.

7. *Lo que no es la vida contemplativa.* Precisemos primero lo que no es la vida contemplativa canónica.

No es, dice el texto, *esa vida interior y teológica a la cual todas las almas que viven en religión aun en el mundo están llamadas, y que cada uno puede llevar consigo mismo a todas partes* (*Sponsa Christi* 43 [1951] pág. 15).

La *Constitución Sponsa Christi* no añade a esta parte negativa ninguna distinción: da a entender claramente que no tratará ese aspecto de la vida religiosa, y que no se dirige por consiguiente a quienes la practican exclusivamente. Precisa, además, que todos están invitados a ella por Cristo, aun los que viven en el mundo, sea cual fuere su estado, aunque estén casados. Pero ya que la *Constitución* no habla de eso, Nos querríamos indicar la existencia de una forma de vida contemplativa practicada en secreto por un reducido número de personas que viven en el mundo. En nuestra alocución del 9 de diciembre de 1957 al *II Congreso Internacional de Estados de Perfección* (A. A. S. 50 [1953] págs. 34-43), dijimos que se encuentran hoy cristianos que se dan a la práctica de los consejos evangélicos por medio de votos privados y secretos que sólo Dios conoce, y se guían, en lo que se refiere a la sumisión de la obediencia y de la pobreza, por personas que la Iglesia juzga aptas para este fin, y a quienes confía el oficio de dirigir a otros en el ejercicio de la perfección. Esas almas hacen vida de perfección cristiana auténtica, pero al margen de toda forma canónica de los Estados de Perfección. Y formulamos nuestra conclusión en estos términos: *Algunos elementos constitutivos de la perfección cristiana y una tendencia efectiva a su adquisición, no faltan en estos hombres y muje-*

a tratar en forma mancomunada las tareas de organización y adaptación re-

queridas por la amplitud y complejidad del apostolado actual. Nos sabemos

567 *res; ellos participan, pues, realmente, de esa perfección, aunque no pertenezcan a un estado jurídico o canónico de perfección (Ibid., pág. 36). Podemos confirmar esta observación a propósito de un género de vida en el que se tiende a la perfección por los tres votos y de una manera privada, independientemente de las formas canónicas previstas en la Constitución Apostólica "Sponsa Christi", pero en la vida contemplativa. Sin duda que las condiciones exteriores necesarias para este género de vida son más difíciles en la práctica que las de la vida activa, sin embargo es posible encontrarlas. Estas personas no tienen protección de ninguna clausura canónica y practican la soledad y el recogimiento de manera heroica. En el Evangelio de San Lucas encontramos un hermoso ejemplo: el de la profetisa Ana, viuda después de siete años de matrimonio, la cual es retiró al templo donde servía al Señor día y noche, en ayunos y oraciones (Luc. 2, 37). La Iglesia no desconoce tal forma privada de vida contemplativa a la que otorga, en principio, su aprobación.*

8. *Primacía de la contemplación en la vida contemplativa canónica.* La parte positiva del párrafo 2 de la Constitución *Sponsa Christi* define la vida contemplativa canónica como una profesión externa de vida religiosa que... está ordenada a la contemplación interior, de tal modo que toda la vida y toda la actividad puedan fácilmente y deban eficazmente estar penetradas por este intento. Entre las prescripciones de la disciplina religiosa, el texto enumera la clausura, los ejercicios de piedad, de oración, de mortificación, y, finalmente, los trabajos manuales, a los cuales deben dedicarse las religiosas. Sin embargo, estos puntos particulares no son citados sino como medios al servicio de una realidad esencial: la contemplación interior. Lo que se exige, en primer lugar, es que por la plegaria, la meditación, la contemplación, la religiosa se una a Dios; que todos sus pensamientos y sus acciones sean penetradas de su presencia, y ordenadas a su servicio. Si esto faltare, el alma de la vida contemplativa sería defectuosa, y ninguna prescripción canónica podría suplirla. Es cierto que la vida contemplativa no comprende tan sólo la contemplación, sino que incluye también otros elementos; pero la contemplación ocupa el primer lugar entre ellos; más aún, la llena totalmente; no en el sentido de que no permita pensar ni hacer otra cosa, sino porque ella es, en 568 último análisis, la que le da su significado, su valor, su orientación. La preponderancia de la meditación y de la contemplación de Dios y de las verdades divinas sobre los otros medios de perfección, sobre todas las prácticas, sobre todas las formas de organización y de reunión: he ahí lo que Nos queremos señalar y fomentar con toda Nuestra autoridad. Si vuestro ser no está anclado en Dios, si vuestro espíritu no se vuelve incesantemente hacia El, como hacia un polo de atracción irresistible, se tendrá que decir de vuestra vida contemplativa aquello que San Pablo, en su primera Epístola a los Corintios, decía de ciertos cristianos, que apreciaban falsamente los dones espirituales y descuidaban el poner la caridad en primer lugar: *Si no tengo caridad, no soy más que un bronce que suena, o una campana que retine... Si no tengo caridad, aquello no me sirve de nada* (I Corintios 13, 1-3). Sin duda alguna, una vida contemplativa sin verdadera contemplación, merecería que se dijese de ella: *no sirve para nada.*

Del mismo modo que el cuerpo humano provisto de todos sus órganos, pero privado de al-

ma, no es un hombre, así, todas las reglas y todos los ejercicios de una orden religiosa no constituyen la vida contemplativa si falta la contemplación, que es el principio vital.

9. *Formación de religiosas en la vida contemplativa.* Si comentarios teóricos como el que Nos acabamos de exponer, pueden contribuir a enriquecer vuestro conocimiento de la vida contemplativa, la práctica cotidiana de vuestra vocación os ofrece, por su parte, enseñanzas abundantes y variadas. A través de los siglos, santas mujeres han llegado, por la observancia fiel de sus reglas y constituciones —fueran ellas Carmelitas, Cistercienses, Cartujas, Benedictinas, Clarisas, Dominicas o Ursulinas— a una inteligencia profunda de la naturaleza y de las exigencias de la vida contemplativa canónica. Desde la entrada en el claustro, las candidatas son instruidas en las reglas y usos propios de su Orden, y esta formación del espíritu y de la voluntad, comenzada en el noviciado, continúa durante toda la vida religiosa. Tal es el fin de las instrucciones y de la dirección espiritual que son dadas por las Superiores de la Orden, o por los sacerdotes, confesores, directores de almas, predicadores de retiros. Las religiosas que viven de una espiritualidad propia, reciben, la mayor parte del tiempo, dirección y consejo de sacerdotes pertenecientes a la rama masculina de la Orden y que poseen la misma espiritualidad.

10. *La Teología Mística necesaria para dirigir a las contemplativas.* Por lo demás, a través de los siglos, la Iglesia cultiva particularmente la 569 Teología Mística, que se considera no solamente útil, sino necesaria en la dirección de las contemplativas; ella, en efecto, les da orientaciones seguras y rinde grandes servicios para desviar las ilusiones, y distinguir lo sobrenatural auténtico, de los estados patológicos. En este delicado terreno, también las mujeres han prestado señalados servicios a la teología y a los directores de almas. Baste mencionar aquí los escritos de la gran Teresa de Ávila, que, como se sabe, para superar las cuestiones difíciles de la vida contemplativa, prefería los avisos de un teólogo experimentado, a los de un místico, desprovisto de una ciencia teológica clara y segura.

11. *La diversidad individual en la vida contemplativa.* Para profundizar por medio de la práctica cotidiana, en el sentido de la vida contemplativa, importa permanecer abierto a las enseñanzas recibidas, escucharlas con atención y con deseo de penetrarlas, cada una según su grado de formación anterior y su capacidad. Sería igualmente erróneo querer que se mire más alto o más bajo, pretender que se siga sólo un camino idéntico para todas, y exigir de todas los mismos esfuerzos. Las Superiores, responsables de la formación de sus súbditas, sabrán guardar un justo medio: no exigirán demasiado a las naturalezas simples, ni las constreñirán a sobrepasar sus límites de capacidad. Asimismo, no obligarán a una asiática o una africana a adoptar actitudes religiosas del todo semejantes a las que adopta naturalmente una europea. A una joven de esmerada educación y provista de extensa cultura, no se la deberá mantener en una forma de contemplación suficiente para quienes no tienen los mismos dones.

12. *La formación espiritual adecuada no se opone a esta vida.* Se llega a veces a citar las invectivas de San Pablo contra la sabiduría del mundo, en su primera Carta a los Corintios, para detener el legítimo deseo de las monjas de lograr un grado de vida contemplativa conforme

que bajo el impulso esclarecido de vuestras asociaciones han surgido en

a sus aptitudes. Se les repiten las palabras del Apóstol: *Nosotros predicamos a Cristo crucificado* (I Corintios 1, 23), o estas otras: *No he querido saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo y éste Crucificado* (I Corintios 2, 2). Mas esto es no entender la intención de San Pablo, que denuncia las vanas pretensiones de la ciencia humana. El deseo de poseer una formación espiritual adecuada, nada tiene de reprehensible y en nada se opone al espíritu de humildad y renuncia que exige el sincero amor a la Cruz de Cristo.

570 13. *Bendición Apostólica*. Terminamos aquí, amadas hijas, la primera parte de nuestra exposición, e invocamos sobre vosotras las luces del Espíritu Santo, para que os ayude a comprender el esplendor de vuestra vocación y a vivirla plenamente. En prenda de estos favores, os otorgamos, de todo corazón nuestra Paternal Bendición Apostólica.

PARTE II: AMAR LA VIDA CONTEMPLATIVA

La SEGUNDA PARTE del Radiomensaje papal a las Religiosas de Clausura de todo el mundo, difundido el 29-VII-1958, cuyo título es: *AMAD LO QUE SOIS* o *¡AMO LA VIDA CONTEMPLATIVA!* tiene el tenor siguiente (en versión de L'Osservatore Romano, edic. castellana, Bs. As., Año VII, N° 347, del 7-X-1958) AAS 50, 570-579.

INTRODUCCION

1. *Anuncio del tema y sus puntos*. Si hemos podido resumir la primera parte de nuestra alocución, diciéndolos: *¡Sabed lo que sois!* podemos intitular esta segunda parte: *¡Amad lo que sois!* Este amor os conducirá, por la vía que os es propia, hacia Dios que os dirige un llamamiento personal. Nos examinaremos sucesivamente los principales motivos que tenéis para amar la vida contemplativa, la actitud que debéis tomar ante ella, y los rasgos particulares que distinguen esta adhesión.

I. MOTIVOS Y FUENTES DEL AMOR A LA VIDA CONTEMPLATIVA

1) Dios, bien supremo.

2. *El principal motivo: Dios Supremo Bien*. El amor no tiene valor alguno sino cuando su objeto es amable y en el sentido pleno de la palabra, es decir, si es bueno en sí mismo y capaz de comunicar esta bondad. Ahora bien, ¿no es Dios el bien supremo, tanto en sí mismo, como en la obra de la creación, y sobre todo en la de la Redención que revela el amor del Padre a los hombres? *He aquí cómo se manifestó el amor de Dios hacia nosotros*, dice San Juan, *en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que nosotros tengamos la vida* (I Juan 4, 9). ¿Cómo podrá el hombre corresponder a esta prueba inaudita del amor divino, sino aceptándolo humilde, totalmente? *Nos hemos reconocido el amor que Dios nos tiene*, dice también San Juan, *y nosotros hemos creído en él. Dios es amor: quien permanece en el amor, vive en Dios, y Dios vive en él* (I Juan 4, 16). Tal es la esencia de la vida contemplativa: vivir en Dios por la caridad, a fin de que Dios viva en nosotros. Y vuestros esfuerzos cotidianos no tienen otro fin que el de poner vuestro espíritu y vuestro corazón siempre en más estrecho contacto con el Señor, que se manifiesta y que os invita a participar en su obra de redención, en su cruz, y en la extensión de su Iglesia. Esto vale para todo cristiano, pero 571 en primer lugar, para los que se han comprome-

estos últimos años numerosas iniciativas; basta mencionar los congresos na-

tido a un estado de perfección. Y aun aquí las vías de Dios serán diferentes: vuestra profesión religiosa y la vida contemplativa que vosotros habéis escogido, os consagran más exclusivamente a buscar con diligencia la unión divina, según el espíritu particular de vuestra Orden, y según las gracias personales que el Señor os conceda. Amad pues la vida contemplativa tal como ella se os presenta, con sus exigencias propias, y en cuanto ella os conduce a la perfección de la caridad divina y os mantiene bajo su luz esplendorosa. Este es vuestro motivo principal para amar la vida contemplativa.

2) Motivos señalados en la Biblia.

3. *Otros motivos que se explicarán luego*. Los demás motivos, aun no teniendo la misma importancia, pueden contribuir sin embargo a justificar y a consolidar vuestra convicción interior. Los encontramos en la Sagrada Escritura, en la actitud de la Iglesia ante la vida contemplativa, y en los frutos producidos por ésta. Sin duda alguna, las indicaciones de los textos y los hechos que Nos aduciremos tienen un alcance que supera el dominio de la vida contemplativa; pero valen para ella de manera muy especial, y contribuirán ciertamente a purificar y a consolidar el amor que vosotras profesáis a vuestra vocación.

4. *Los motivos que indica la Biblia*: a) *Consagración del hombre a Dios y a Cristo*. La Escritura contiene muchos textos, que hablan de la consagración del hombre a Dios y a Cristo. Estas palabras, tan densas de significado, no revelarán su contenido oculto sino a aquellos que sepan decidirse a meditarlas y a profundizar en ellas, en la oración. A través de ellas, el Espíritu Santo mismo que las ha inspirado, continúa haciendo sentir a cada Religiosa la intensidad del llamamiento a la vida contemplativa y las riquezas que ella encierra.

“Amará al Señor tu Dios... he ahí el mayor y primer mandamiento” (Mateo 22, 37-38). *“La mujer sin marido y la virgen han tomado el cuidado de las cosas del Señor”* (I Corintios 7, 34). *“Ellos siguen al Cordero dondequiera que vaya”* (Apoc. 14, 4). *“Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el solo Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo”* (Juan 17, 3).

5. b) *Las riquezas escondidas en Cristo y las de su amor*. En otros pasajes, la Escritura evoca las riquezas escondidas en Cristo, Nuestro Dios y Señor, las de su amor por nosotros, que la contemplación asidua descubre poco a poco. *“El Verbo era Dios..., el Verbo se hizo carne... y nosotros hemos visto su gloria”* (Juan 1, 1-14). *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”* (Mat. 16, 17). *“Señor mío y Dios mío”* (Juan 20, 28).

6. c) *Jesús crucificado, Cruz, penitencia y mortificación*. La religiosa contemplativa conoce bien al Señor crucificado y el significado de la cruz que ella toma cada día entre sus manos. Debe recordar con frecuencia las exclamaciones de San Pablo: *“Estoy crucificado con Cristo... Cristo vive en mí... que me ha amado y se ha entregado por mí”* (Gálatas 2, 19-20). *“¿Quién nos separará del amor de Cristo?... Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida... ni ninguna otra criatura podrá separarme del amor de Dios, manifestado en Jesucristo Nuestro Señor”* (Romanos 8, 35-39).

Las obras de penitencia y de mortificación, que forman parte de la vida contemplativa, hacen realidad la palabra de S. Pablo: *“Yo completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en su Cuerpo que es la Iglesia”* (Colosenses 1, 24).

cionales o regionales de los estados de perfección, las sesiones de oración y

Estas pocas citas de la Escritura llenan el alma contemplativa que las medita, de un gozo profundo, y la unen más a Dios y a Cristo. Le invitan a comprender y a participar con amor una vocación que la conducen sin rodeos al amor de Dios y de su Hijo encarnado.

3) Los documentos eclesiásticos y Pontificios.

7. *La Iglesia las aprueba y estima.* Desde el momento en que la Iglesia declara que la vida contemplativa es eminentemente estimable, cuando ella la aprueba con toda su autoridad y le confiere privilegios, cuando ella la inaugura con una liturgia solemne, y rodea su realización de abundantes medidas de protección, sin duda que ha de verse en todo ello una prueba de la estima que le merece y, por tanto, un serio motivo para consagrarse a ella. Entre los numerosos documentos eclesiásticos que hablan de ella, Nos escogemos tres: la *Constitución Apostólica "Sponsa Christi"*, la *Bendición y Consagración solemne de las Virgenes en el Pontifical Romano* (cuyas solemnes fórmulas antiguas están reservadas a las monjas por el artículo III § 3 de la *Constitución Apostólica Sponsa Christi*), y la *Encíclica "Sacra Virginitas"*, del 25 de marzo de 1954 (A. S. 46 [1954] 161-191).

8. *El elogio en "Sponsa Christi".* La *Constitución Apostólica "Sponsa Christi"*, en su parte histórica, muestra la alta estima en que la Iglesia tiene la Institución de las vírgenes y de las monjas. Recuerda los sentimientos de estima y de amor maternal que nutria la Iglesia hacia las vírgenes consagradas a Dios, desde el comienzo de su existencia. Insiste luego, como Nos hemos advertido sobre la importancia de la contemplación, a la que están subordinados todos los demás ejercicios monásticos.

9. *El Pontifical Romano señala la grandeza.* De la Consagración de las Virgenes, nos fijamos en las palabras que el Obispo les dirige al imponerles el hábito y los distintivos de su estado: "Yo te uno como esposa de Jesucristo, Hijo del Padre soberano, para que El te conserve sin mancha! —recibe pues el anillo de la fe, sello del Espíritu Santo, para ser llamada Esposa de Dios, y si le sirves fielmente, ser coronada para la eternidad" (Pontific. Rom. De bened. et consecr. Virginum).

10. *"Sacra Virginitas" destaca la excelencia de la virginidad.* La *Encíclica "Sacra Virginitas"*, trata, en su primera parte, de la excelencia de la virginidad. Y prueba esta excelencia primero con los textos del Evangelio y las palabras mismas de Cristo; luego con las declaraciones del Apóstol de las Gentes sobre la virginidad escogida por Dios; cita a San Cipriano y a San Agustín, quienes ponen de manifiesto el poder de sus efectos; subraya la importancia del voto que confiere a la virginidad la firmeza de la virtud; demuestra su superioridad sobre el matrimonio; ilustra todas las bendiciones divinas que atrae y los admirables frutos que produce.

4) *La experiencia personal comprueba la excelencia.*

11. *La entrega personal produce gusto y alegría.* Este último punto, tratado también en la *Constitución Apostólica "Sponsa Christi"*, merece una particular consideración, porque suscitará en vosotros una adhesión aún más profunda y más convencida a vuestra vida contemplativa. Podríamos extendernos detallando la vida de los grandes santos contemplativos, por ejemplo Santa Teresa de Ávila, o Santa Teresita del Niño Jesús, ambas Carmelitas; pero preferimos recurrir a

estudio, y sobre todo la creación de institutos de formación y cultura reli-

vuestra experiencia personal y a la de vuestra vida de comunidad.

12. *Los frutos interiores.* La monja que se entrega total y sinceramente a su obra, no deja de gustar y de apreciar por sí misma los frutos de sus esfuerzos. Su vida se desliza exteriormente dentro de un marco fijado por el horario diario y los ejercicios de regla; interiormente, ella madura y profundiza, atravesando fases de consuelo y de prueba, de luz y de oscuridad, que dejan intacta la adhesión íntima a Dios. Así, a despecho de los obstáculos de dentro y de fuera, no obstante las faltas y las debilidades, ella avanza, segura de la ayuda divina, hasta el momento, a veces inesperado, en que se le dice: "He aquí 574 que llega el Esposo; id a su encuentro" (Mateo 25, 6).

13. *Prevención contra el descorazonamiento.* Nos os exhortamos, a cada una en particular, a dedicaros con todas vuestras fuerzas a los deberes de vuestro estado de contemplativas; entonces experimentaréis sin inquietaros la luz radiante de su vida interior y de su unión con Dios; admiraréis asimismo, en los detalles más menudos de la vida común, la delicadeza de una caridad fraterna que dimana inmediatamente de su amor a Cristo, reconocido en sus miembros. El esplendor de esta caridad, con frecuencia encubierta durante la misma vida, se manifiesta a veces de improviso con suma claridad, apenas la muerte pone en ella su sello; entonces repetiréis con el Salmista: "Ciertamente, el justo encuentra su recompensa" (Salmo 57, 12).

14. *Los frutos en la comunidad.* Esta experiencia personal se enriquecerá con las observaciones que notéis en vuestra comunidad. Si, en lugar de detener vuestra mirada en los defectos y las debilidades humanas inevitables, consideraréis sobre todo los esfuerzos sinceros de las demás para no faltar en modo alguno a su ideal religioso, experimentaréis cada día más sus efectos, y hallaréis en ello un nuevo motivo para entregaros a él. También querríamos ponerlos en guardia contra el descorazonamiento y la pusilanimidad. Sin duda que debéis prestar entera colaboración a la gracia, combatir vuestros defectos y ejercitaros en la virtud; pero dejad a Dios el cuidado de hacer crecer y fructificar. El es quien, en el momento oportuno, "os sostendrá, os fortalecerá, os hará inquebrantables" (I Pedro 5, 10). Si éstas son vuestras disposiciones caminaréis adelante, sostenidas por la fuerza divina y rebosantes del gozo de haber sido escogidas para este camino.

II. ACTITUD QUE DEBE TOMARSE ANTE LA VIDA CONTEMPLATIVA

1) Adhesión sincera a la vida religiosa y penitencia.

15. *La importancia de la contemplación sobre las otras obras.* Después de considerar los motivos que os mueven a amar la vida contemplativa, os hablaremos de lo que debéis tomar por fidelidad a este amor. Ya en la primera parte de este discurso Nos hemos puesto de relieve la importancia de la *contemplación interior*, y su superioridad sobre los otros elementos que la acompañan como medios necesarios: la clausura, los ejercicios de piedad, de oración, de mortificación y el trabajo. Consideraremos ahora cómo debe comportarse la religiosa ante este conjunto de obligaciones.

16. *No basta un mero legalismo ni un eclecticismo.* En primer lugar es evidente que una 575 adhesión sincera a la vida religiosa excluye todo

giosa superior destinados a los miembros de los estados de perfección.

legalismo, es decir la tentación de atenerse a la letra de la ley, sin aceptar plenamente su espíritu: esto sería indigno de aquellas que llevan el nombre de "*Sponsa Christi*", "Esposa de Cristo", y quieren servirle ante todo por amor desinteresado.

Tampoco sería aceptable una especie de **eclecticismo**, una elección enteramente subjetiva entre ciertas obligaciones que se admiten y otras que no se admiten. Ninguna Orden sería recibirá a una candidata que pretenda observar sólo una parte de las Reglas y de las Constituciones.

17. *La entrega total implica penitencia y renuncia a sí misma.* La vida contemplativa es austera; la sensibilidad no acepta sin resistencia, pero el deseo de darse a Dios abraza de buen grado las obras de penitencia y la renuncia continua a sí misma. La religiosa inflamada de ardor por su vocación puede aplicarse las palabras que el Apóstol de las Gentes decía de la comunidad cristiana: "Yo os he desposado con un esposo único, como una virgen pura que presentar a Cristo" (II Corintios 11, 2). Nos podemos añadir: "A Cristo crucificado". La monja fiel a su vocación, ha de tomar siempre como regla de su vida interior la frase de San Pablo: "Yo completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en su cuerpo que es la Iglesia" (Col. 1, 24). Esta es la ley del amor verdadero, al que se aplica también el texto de San Agustín: "El que ama no encuentra dificultad; pero toda dificultad es dura para aquel que no ama" (In Ioann. Evang., Tract. 48, cap. X n. 1 - Migne P.L. 35, col. 1741).

2) *El trabajo y la "cura minimorum".*

18. *El trabajo debe unirse a la contemplación.* El trabajo forma parte de la vida contemplativa. La ley del monaquismo antiguo: "*Ora et labora*", "*ora y trabaja*", no ha perdido nada de su sabiduría y de su necesidad. Trabajar es, por otra parte, un imperativo de la naturaleza misma, que ha dado al hombre las fuerzas del cuerpo y del espíritu, le pone en la obligación de proveer a su subsistencia, le incita a mejorar sus condiciones de vida y a acrecentar sus medios de conocimiento y de acción. El Señor, durante treinta años, vivió en Nazaret una vida de trabajo, y su ministerio apostólico le impuso duras fatigas. San Pablo escribe con su estilo incisivo a los Tesalonicenses: "*Si alguien no quiere trabajar, que no coma. Hemos sabido que hay entre vosotros quienes no hacen nada...*" (II Tesalonicenses 3, 10-11). Y él mismo afirma que trabajó con sus manos para ganarse el pan y no ser una carga para los cristianos (ver Hechos 20, 34; 18-3). La Constitución Apostólica "*Sponsa Christi*", subraya muchas veces el deber que tienen las monjas, de trabajar para ganar su pan; de donde se sigue que quien se consagra a la vida contemplativa y la abraza sin reservas, acepta también plenamente la ley del trabajo.

19. *Importante es la fidelidad en las cosas pequeñas.* Las determinaciones positivas del derecho eclesiástico que se refieren a la vida contemplativa canónica son numerosas; y aunque algunas de ellas no tienen importancia considerable, es preciso no obstante observarlas todas. El Señor ha dicho claramente: "*Quien no observe uno de estos pequeños preceptos y enseñe a los hombres a hacer lo mismo, será considerado como el menor en el Reino de los Cielos*" pero quien los cumpla y enseñe, será tenido por grande en el Reino de los cielos (Mat. 5, 19). "Yo no he venido a abolir la ley, sino a cumplirla" (Mat. 5, 17). Todo el que ama la vida contemplativa, ha de considerar esta delicadeza de con-

3. **La finalidad del segundo Congreso.** El actual congreso, que respon-

ciencia y esta fidelidad en los menores detalles, como uno de sus deberes más queridos.

3) *La libertad de Cristo y la observancia de las leyes.*

20. *Contra la estrechez de espíritu y por la libertad.* Pero por otro lado, es preciso no caer, en modo alguno, en la estrechez de espíritu y de corazón. La libertad del hombre interior es querida y dada por Dios: "*Vosotros habéis sido llamados a la libertad; sólo que, esta libertad no debe servir de pretexto a la carne*" (Gálatas 5, 13). Si nosotros permanecemos libres, es porque "*Cristo nos ha liberado*" (Gálatas 5, 1). La libertad de Cristo que aquí describe el Apóstol, consiste en poder realizar las obras del espíritu, opuestas a las de la carne: caridad, gozo, paz, longanidad, bondad, confianza en los demás, dulzura, dominio de sí mismo: "*para los que viven de esta manera no hay ley alguna que sea contra ellos*" (Gálatas 5, 23). Ya antes que San Pablo, había precisado Cristo, en forma aún más incisiva, a propósito de la observancia del sábado, el sentido de la libertad cristiana: "*El sábado ha sido instituido para el hombre, y no el hombre para el sábado*" (Marcos 2, 28). Y puesto que el Señor no ha dudado en expresarse así, puede afirmarse de una manera general que la ley es para el hombre y no el hombre para la ley.

21. *Hermanar la libertad con la observancia de la ley.* Lo cual no suprime la obligación de observar la ley, sino que salvaguarda la libertad y la holgura del hombre interior. Debe ser apreciado exactamente el alcance de cada ley, según que ella sea de derecho divino o humano, esencial o no. Poner la ley por encima del hombre, como algo absoluto y no como un medio para llevarlo a su fin, es un error. Jesús dijo de los fariseos: "*Ellos ponen sobre los hombros de las gentes cargas pesadas e insostenibles*" (Mat. 23, 4). Nos estamos persuadido de que una religiosa, entregada sinceramente a la vida contemplativa, no tendrá dificultad alguna en conciliar la delicadeza de conciencia, en la observancia de sus deberes y de las prescripciones de regla, con la paz que es resultado de la holgura y de la libertad del hombre interior. Vosotras estaréis sometidas a las reglas, al observarlas; mas, viviendo unidas al Espíritu de Dios y a su amor, estaréis por encima de ellas.

III. FISIONOMIA CARACTERÍSTICA DE ESTA ACTITUD

1) *Humildad y caridad*

22. *Primera característica: Sencillez y humildad.* Nos deseamos finalmente añadir una palabra sobre la fisionomía, el sello característico que debe distinguir vuestra actitud interior.

En primer término se espera encontrar en una monja sencillez y humildad; el amor de la vida contemplativa debe apartar todo deseo de hacerse notar, de ser admirada, puesta en evidencia. Ser visto por otros, tal era el deseo de los Fariseos, a quienes Nuestro Señor reprende energicamente en el sermón de la Montaña (Mat. 6, 1-6, 16-18). Permaneciendo ocultas, evitaréis vosotras también ciertas desviaciones psicológicas, que son más frecuentes en la mujer y más propias de su temperamento.

23. *La segunda característica: Las virtudes teológicas, especialmente la caridad.* Nos hemos considerado la vida contemplativa como una ascensión hacia Dios, para ofrecerle vuestro espíritu y vuestro corazón. Este don, inspirado en mo-

de cabalmente al deseo de realizar una integración cada vez más completa de

tivos sobrenaturales, se alimenta de las virtudes teológicas de fe, de esperanza y de caridad. El amor de la contemplación no será auténtico más que si se apoya constantemente en ellas. Por eso, tendrá un carácter típicamente cristiano, y no se manifestará solamente como un fenómeno psicológico de orden religioso, como lo hace notar la historia comparada de las religiones en todas las épocas y entre los pueblos más diversos. Para verificar la sinceridad y la pureza de vuestra caridad, os será suficiente recordar la célebre descripción que hace San Pablo en el capítulo 13 de su primera Epístola a los Corintios, que sin duda habréis meditado con frecuencia. ¡Que vuestro diario proceder se acerque cada día más al ideal descrito en esta célebre página!

2) *Difficultades y resistencias interiores y la entrega generosa.*

24. *La tensión interior y resistencia del alma.* La entrega generosa no se compagina con una tensión constante, con la violencia, con una lucha continua, con obligaciones a duras penas soportadas y que se evitarían si se pudiera. Cabe que Dios permita durante algún tiempo, una prueba de este género para purificar el alma; pero esa prueba puede también provocar derrumbamiento, una catástrofe interior o exterior.

Nos no consideramos el caso, en que intervienen factores de neurosis o de psicosis. Nos referimos solamente al de personas normales, al de religiosas, en las que se prepara o se ha producido ya este derrumbamiento. No puede ser cuestión de entrar en el estudio del diagnóstico de la terapéutica y del pronóstico de estos casos.

25. *Remedio: aceptación consciente y optimismo sereno.* Nos vamos a indicar más bien a un factor psicológico, un rasgo característico de la práctica ferviente de contemplación, que es capaz de prevenir tales catástrofes. Es la aceptación consciente, repetida sin cesar y alegre por parte de la religiosa, de la vida de cada día. Es el optimismo indestructible, en modo alguno exaltado, sino sereno y firme de Nuestro Señor, que ha dicho: "Yo no estoy solo, sino que el Padre está conmigo" (ver Juan 16, 32), la confianza inquebrantable de la religiosa en Aquel que dijo: "Vosotros, todos los que sufrís y os doblegáis bajo la carga, venid a mí y yo os aliviaré" (Mat. 11, 28). Estas consideraciones y estos sentimientos determinan su actitud interior. La religiosa sabe por experiencia lo que debe hacer, pero quiere ordenar su vida conforme a la palabra del Apóstol: "Dios ama a quien da con alegría" (II Cor. 9, 1. 7). Lo que San Pablo escribía a los Corintios acerca de los dones materiales destinados a los pobres de Jerusalén, lo entiende y lo quiere entender, de algo mucho más grande: del don de todo su ser y de toda su acción. El gozo y la alegría constante son rasgos típicos de un don sincero de sí. Se nos dan a conocer también al comienzo de la primera Epístola de San Pedro, quien las presupone y las observa en los cristianos a los que se dirige, que se han convertido ya en Cristo: "Jesucristo, vosotros le amáis sin haberle visto...; sin verle aún, pero al creer, rebozáis de un gozo indecible y lleno de gloria, seguros de conseguir el objeto de vuestra fe, la salvación de las almas (I Pedro 1, 8-9).

CONCLUSION

26. *El júbilo terrenal y eterno.* A cada una de vosotras os decimos: Puedan la fe, la esperanza y el amor de Cristo daros algo del júbilo que San Pedro adivina sobre el mismo pensamiento; exhorta a los cristianos a considerar las aflic-

los estados de perfección en la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, se propone

ciones de este mundo como inseparables de la condición terrena, y como un medio de llegar a la gloria: "Descargad en él todos vuestros cuidados", dice: "apenas os aflija algún dolor, él mismo os sostendrá, os fortalecerá, os hará inquebrantables" (I Pedro 5, 7-10). Esta misma idea expone también San Agustín hacia el final de su "Ciudad de Dios": la vida terrena con todos sus sinsabores tendrá fin, y nosotros diremos entonces a Dios, y nuestro gozo de poseerle no tendrá fin! "Ibi vacabimus, et videbimus; videbimus, et amabimus; amabimus et laudabimus. Ecce quod erit in fine sine fine". "Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y ensalzaremos. He aquí el fin sin fin" (Agust., *De civitate Dei*, lib. 22 c. 30, n. 5 [Migne P.L. t. 41, col. 804]).

Este es el resorte que debe sostener vuestra vida y daros fuerza para llevarla con entusiasmo hasta el fin, sin cansaros, sin retractaros, haciendo así de ella una ofrenda perfecta para Dios.

PARTE III. VIVIR LA VIDA CONTEMPLATIVA

La TERCERA PARTE del Radiomensaje Papal a las Religiosas de Clausura de todo el mundo pronunciado el 2-VIII-1958 y que versa sobre el tema: "VIVIR LA VIDA CONTEMPLATIVA" tiene el siguiente tenor (según L'Osservatore Romano, ed. Castellana, Bs. Aires, año VII, N° 348, del 14-VIII-1958; AAS 50, 579-586):

INTRODUCCION

LA REALIZACION DE LA VIDA CONTEMPLATIVA EN SUS RELACIONES CON EL CONOCIMIENTO Y EL AMOR A LA CONTEMPLACION

1. *Insistencia en la aplicación práctica de los principios.* Al tratar del conocimiento y del amor de la vida contemplativa, en las dos primeras partes de esta alocución, no hemos dejado de insistir en los puntos de aplicación práctica de los principios que Nos evocáramos. Para facilitar la inteligencia de nuestra exposición, era importante en efecto no limitarse en absoluto a los aspectos teóricos y abstractos, sino examinar también las repercusiones concretas que un conocimiento más profundo y un amor más puro y más ardiente de la vida contemplativa podían tener en su misma práctica.

2. *Esquema de la tercera parte.* No será pues necesario repetir en esta tercera parte lo que Nos hemos explicado ya. Después de recordar la necesidad de traducir en actos lo que se conoce mejor y lo que se ama más, Nos estudiaremos la realización de la vida contemplativa, tanto en su elemento esencial, la contemplación misma, como en sus elementos secundarios, en particular el trabajo monástico.

3. *Resumen de lo anterior: el amor a la contemplación mejora el cumplimiento de las obligaciones.* Como lo hemos hecho notar en la primera parte de nuestra alocución, el conocimiento de la vida contemplativa se enriquece y profundiza con la práctica diaria de sus obligaciones. El amor de la vida contemplativa entraña necesariamente actitudes en las que ese amor se traduce y sin las cuales, no será más que un engaño. En el continuo conjunto de acciones, que condiciona normalmente el progreso regular de una vida religiosa, el elemento predominante será siempre la vida interior, que confiere a los gestos exteriores su sentido y su valor. Del corazón del hombre proceden los deseos buenos o malos (ver Marcos 7, 21); la intención es la que explica sus actos y les confiere un valor moral. Pero

hacer el balance de los progresos apuntados en todas partes en la organización

esta intención sola no basta; es preciso además que sea realmente ejecutada: "*Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama*" (Juan 14, 21), decía Jesús. Y también: "*Vosotros seréis mis amigos, si hacéis lo que yo os mando*" (Juan 15, 14). Por el contrario el que descuida el cumplimiento efectivo de los divinos preceptos, es excluido del Reino: "*No aquel que dice: ¡Señor! ¡Señor!, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre*" (Mat. 7, 21).

I. LA REALIZACION DEL ELEMENTO PROPIO Y ESENCIAL DE LA VIDA CONTEMPLATIVA, ES DECIR, LA CONTEMPLACION INTERIOR

4. *Lo esencial es la adhesión a Dios. Textos pontificios que lo confirman.* Estos principios se aplican también a la vida contemplativa; no basta solamente desearla, aun ardentemente; es preciso además aplicarse a ella de hecho y aceptar para eso todas las renunciaciones necesarias. Ahora bien, la contemplación, concebida como adhesión del espíritu y del corazón a Dios, es el elemento esencial de la vida contemplativa; Nos lo hemos establecido en la primera parte de nuestra alocución y citábamos los principales textos que lo prueban. Mencionamos ahora también otros dos tomados de la Instrucción "*Inter caetera*" del 25 de marzo de 1956, que recuerdan, a propósito de un punto práctico, la excelencia de la contemplación en vuestra vida. "*La clausura menor no permite cualquier clase de ministerios, sino solamente aquellos que son compatibles con la vida contemplativa, bien de toda la comunidad, bien de cada una de las monjas*" (A. A. S. 48 [1956] 520). "*Que estos ministerios se emprendan con discernimiento y moderación, respetando el carácter y el espíritu de cada Orden, de tal suerte que, en vez de turbar y estorbar la vida auténticamente contemplativa, la sostengan y la consoliden*" (A. A. S. 48 [1956] 520). "*Tales son: la enseñanza de la doctrina cristiana, la instrucción religiosa, la educación de las jóvenes y de los niños, los retiros y ejercicios espirituales para mujeres, la preparación a la primera Comunión, las obras de caridad para alivio de los enfermos, de los pobres*" (A. A. S. 48 [1956] 520). La vida contemplativa no consiste esencialmente en la profesión exterior de una disciplina religiosa; ésta, en efecto, no es sino el marco de la contemplación, la sostiene, la estimula, la preserva, pero no la constituye. Por eso, repitiendo lo que Nos dijimos antes, os exhortamos insistentemente a consagrarnos, de todo corazón, a la oración contemplativa, vuestra tarea esencial, por la que vosotras habéis renunciado al mundo.

5. *Evitése un error. Lo esencial no implica la duración.* Que no se confunda en manera alguna esta posición de principio, con la cuestión de la frecuencia y de la duración de los ejercicios de piedad. La intensidad de un ejercicio no es necesariamente proporcional a su duración. Los ministerios permitidos a las monjas no les permiten consagrar cada día largas horas a la oración contemplativa: les quedan no obstante bastante tiempo libre para satisfacer a esta obligación esencial.

II. LA REALIZACION DE LOS ELEMENTOS SECUNDARIOS QUE LA COMPLETAN

6. *Exigencias precisas de la Iglesia, libertad y evolución de los elementos secundarios.* Al lado de "*los elementos propios y necesarios, que afectan directamente a la vida contemplativa canónica de las monjas como su fin primero y principal*", la Constitución Apostólica "*Sponsa Chri-*

de los estados de perfección y en su labor de adaptación a las exigencias de

sti" distingue otros no necesarios, pero que la completan y contribuyen a asegurarla, como la clausura, los ejercicios de piedad, de oración, de mortificación (A.A.S. 43 [1951] 10). En los artículos VI y VII, la misma Constitución se ocupa de la naturaleza y de la estructura jurídica de los monasterios de monjas, de su autonomía y de la posibilidad de formar Federaciones y Confederaciones (A. A. S. 43 [1951] 17-19). Respecto a algunos de estos puntos, la Iglesia formula exigencias precisas que es necesario satisfacer; respecto de otros, no expresa más, que una invitación y desea que se reflexione sobre ellos y se les considere con benevolencia. Que los monasterios y las Ordenes de monjas estimen su carácter propio, lo defiendan y permanezcan fieles a él: es su derecho y sería injusto no tenerlo en cuenta; pero deben defenderlo sin estrecheces de espíritu ni rigidez, por no decir sin cierta obstinación que se opondría a toda evolución oportuna y no se prestaría a ninguna adaptación, aun cuando la exija el bien común.

7. *Libertad individual al hacerse los cambios, especialmente en la estabilidad de residencia.* Puede suceder que se invite a una monja a abandonar su monasterio y a establecerse en otra parte, en interés de un bien superior o por un motivo serio. Ciertamente, nadie puede imponer a una Religiosa, contra su voluntad, obligaciones que excedan el compromiso de sus votos; pero puede justamente preguntarse en que medida la estabilidad constituye un punto esencial del derecho de las monjas. La Santa Sede tiene el derecho de modificar las Constituciones de una Orden y sus prescripciones sobre la estabilidad; pero si estos cambios tocan puntos esenciales del derecho en vigor, los miembros no están obligados, en virtud de sus votos, a aceptar las nuevas Constituciones; es necesario darles la posibilidad de separarse de las Ordenes, que sufren cambios de este género. Sin embargo una monja puede renunciar espontáneamente a hacer valer sus derechos, y dar su consentimiento a la petición que se le ha hecho y que la Santa Sede aprueba (A.A.S. 43 [1951] 19); *Sponsa Christi* art. VII, p. 8, N° 3). Nos no ignoramos lo que representa tal paso y lo que él cuesta a la Religiosa; pero Nos la exhortamos a aceptar el sacrificio, a menos que razones más graves aún se opongan a ello.

8. *Cambios de elementos secundarios complementarios; S. Congr. de Religiosas; Federaciones.* Cuando se trata de puntos secundarios que no juegan en la vida religiosa más que un papel de complemento, los monasterios y las monjas deben estar prontos a aceptar los cambios de ideas y la colaboración, que la Santa Sede les propusiere. En particular, han de tratar de establecer relaciones tanto de respeto como de confianza con la S. Congregación de Religiosas, tanto más cuánto ésta no pretende en manera alguna pasar por encima de los derechos adquiridos, sino tener en cuenta el parecer de los monasterios y de las Ordenes monacales. Esta colaboración es particularmente de desear, cuando se trata de formar Federaciones de monasterios o de Ordenes, o incluso una Confederación de Federaciones.

9. *La autoridad eclesiástica no fuerza sino que ayuda a la saludable adaptación.* Los textos de la "*Sponsa Christi*" muestra que no se trata, en manera alguna, de hacer violencia en estas cuestiones a la justa independencia de los particulares, sino de protegerla y de asegurarla. Esforzaos pues en colaborar con la Autoridad eclesiástica competente, a fin de favorecer la

la Iglesia; luego, exponer a las claras los fines por perseguir, los límites por

adaptación y la saludable evolución que la Iglesia desea.

III. LA REALIZACION DE UN ELEMENTO PARTICULAR, EL TRABAJO

10. *En bien de todos se aplican las disposiciones de "Sponsa Christi"*. La aplicación de las normas que se refieren al trabajo está muy en nuestro corazón, porque toca el interés de los monasterios contemplativos y de todas las Ordenes contemplativas femeninas, como también el de toda la Iglesia que, en muchos lugares, espera el concurso de todas las fueros disponibles.

583 Puesto que hemos hablado ya antes de la necesidad del trabajo en general y de su conveniencia para las Ordenes contemplativas, Nos detendremos ahora en la aplicación de las disposiciones de la Constitución "*Sponsa Christi*".

11. *La lamentable situación económica de las monjas y su remedio el trabajo*. En la primera parte de la Constitución, decíamos, en efecto: "*Nos vemos movidos, y aun apremiados, a llevar a cabo estos ajustes razonables a la Institución de las Monjas, por las informaciones que Nos recibimos de todas las partes del mundo, y que Nos dan a conocer la estrechez, en que se encuentran con frecuencia las Monjas. Sí, hay monasterios, que, ¡ay! mueren casi de hambre, de miseria, de privación; hay otros que, a causa de dificultades materiales, viven muy penosamente. Hay además monasterios, que, sin vivir en la necesidad, a menudo se debilitan, porque se encuentran separados y aislados de todos los demás. Más aún, las leyes a veces demasiado estrictas de la clausura provocan con frecuencia grandes dificultades*" (A.A.S. 43 [1951] 10-11; en esta Colecc.: Enc. 197, 26 pág. 1853). Para poner remedio a esta estrechez, el medio normal y más inmediato es el trabajo de las mismas monjas.

12. *Procurar el sustento haya o no necesidad; desarrollar aptitudes*. Por tanto, Nos le invitamos a dedicarse a él, a fin de que puedan procurarse por sí mismas los medios de vida, y no tengan que recurrir desde luego a la bondad y a los socorros de los demás. Este llamamiento se dirige asimismo, a aquellas que no están en necesidad, y no están por tanto obligadas a procurarse el pan cotidiano con el trabajo de sus manos (I Tesal. 4, 11). Vosotras podréis también, de este modo, ganar los recursos necesarios para satisfacer al precepto de la caridad cristiana con los pobres. Nos, os invitamos igualmente a desarrollar vuestras aptitudes manuales y a perfeccionarlas, así como a adaptarlas a las circunstancias actuales, como se dice en el artículo 8, § 3, Nº 2 de la Constitución "*Sponsa Christi*". (A. A. S. 43 [1951] 19).

13. *Trabajo adaptado a la contemplación, en especial el apostolado: debe haber trabajo y perfección en él*. El mismo artículo resumía al mismo tiempo las normas concernientes al trabajo precisando en primer lugar que el trabajo monástico, al que deben dedicarse las monjas de vida contemplativa, debe ser, en cuanto es posible, conforme a la Regla, a las Constituciones, a las tradiciones de cada Orden (*Sponsa Christi* art. 8, § 1; A. A. S. 43 [1951] 19). Ciertas Constituciones prevén trabajos determinados, en su mayor parte de carácter apostólico; otras por el contrario no determinan nada a este respecto. Este trabajo "*debe estar organizado de tal suerte que, unido a las otras fuentes de recursos, asegure a las monjas una subsistencia cierta y conveniente*" (*Sponsa Christi*, art. 7, § 2; A. A. S. 43 [1951] 19). Los Ordinarios de lugar y los superiores tienen obligación de velar "*para que no*

respetar y los principios por observar en la acción de conferencias, uniones

falte nunca a las Monjas el trabajo indispensable, conveniente y remunerador" (*Sponsa Christi*, art. 8, § 3 Nº 2; A. A. S. 43 [1951] 19). Finalmente el artículo subraya la obligación de conciencia que tienen las monjas, no sólo de ganarse el pan con el sudor de su frente, sino aun de perfeccionarse cada día más, como las circunstancias lo exijan, en los diversos trabajos. (*Sponsa Christi*, art. 8, § 3 Nº 2; A. A. S. 43 [1951] 19). 584

14. *Obligación de trabajar y su finalidad y fruto*. No permitáis que nuestro llamamiento al trabajo sea vano, antes bien, echad mano de todos los medios puestos a vuestra disposición y de todas las posibilidades de formaros más, ante todo, para vuestro provecho, o al menos, si visotras no tenéis una necesidad inmediata, para aliviar la penuria de otros. Por lo demás, una ocupación seria, acomodada a vuestras fuerzas, es un medio eficaz para conservar el equilibrio interior o para restablecerlo, si ha sufrido algún daño. De esta forma, vosotras evitaréis los efectos nocivos que podrían ejercer en ciertos temperamentos, la reclusión total y la monotonía relativa de la vida diaria del claustro.

CONCLUSION

15. *Exhortación al apostolado por caridad*. Nos terminamos Nuestra alocución, renovándoos la invitación al apostolado, con que termina también la Constitución "*Sponsa Christi* y que se funda en el gran mandamiento del amor de Dios y del prójimo y en la voluntad de la Iglesia.

La caridad hacia el prójimo abraza a todos los hombres, todas sus necesidades, todos sus sufrimientos, y se ocupa especialmente de asegurar su salvación eterna. Este apostolado, del que están encargadas por la Iglesia, las monjas lo ejercen de tres maneras: por el ejemplo de la perfección cristiana, que sin palabras atrae los fieles a Cristo, por la oración pública y privada, por el celo en abrazar, además de las penitencias prescriptas por la Regla, las que sugiere el amor generoso del Señor.

16. *Las diversas formas de su apostolado*. En su parte dispositiva, la Constitución "*Sponsa Christi*" distingue diversas formas de apostolado en relación con las diversas formas de vida contemplativa. Algunas monjas, en virtud de sus Constituciones, se dedican a obras de apostolado exterior; continúan este apostolado; otras no están destinadas por sus Constituciones más que a la vida contemplativa, pero ejercen de hecho ciertas formas de apostolado exterior o las ejercían antiguamente; deben continuarlas o reanudarlas, adaptándolas a las circunstancias actuales; otras en fin, no viven, de derecho y de hecho, más que la vida contemplativa. Estas se atenderán a ello, a menos que no deban, por necesidad y por tiempo limitado, aceptar ciertas actividades apostólicas. Es evidente que estas monjas exclusivamente contemplativas participan en el apostolado del amor del prójimo en sus tres formas, del ejemplo, de la oración y de la penitencia. 585

17. *El apostolado más elevado, el de la Iglesia*. Nos deseáramos, no obstante, para terminar, evocar un apostolado más vasto y más elevado aún, el de la Iglesia, Esposa de Cristo, en el sentir del Apóstol de los Gentiles (II Corintios 11, 2) y de San Juan (Juan 20, 21-23; 21, 16-17; Apocalipsis 21).

18. *La misión de la Iglesia procede de Dios*. El apostolado de la Iglesia está fundado en su misión respecto del mundo entero, es decir respecto

y comités de Superiores mayores: finalmente, elaborar un programa de actividades e iniciativas que asegurará la eficacia del movimiento de renovación, estrechando las ligazones de las organizaciones entre sí y con la Santa Sede.

4. El objeto concreto del Congreso.

El conjunto de las relaciones y exposiciones de este congreso tienen por objeto comentar las tres Constituciones Apostólicas "*Provida Mater*"^[1], "*Sponsa Christi*"^[2] y "*Sedes Sapientiae*"^[3], al igual que el decreto de la S. Congregación de Religiosos "*Salutaris atque*"^[4], en los cuales se enuncian las normas que deben guiar el esfuerzo de adaptación y renovación.

5. El objeto y el esquema de la Alocución del Papa. No es Nuestra intención abordar aquí los asuntos particulares, que vosotros pensáis tratar en

de los hombres de todos los pueblos y de todos los tiempos, cristianos y paganos, creyentes y no creyentes. Esta misión, procede del Padre: "*Dios ama tanto al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito, para que todos los que creen en él no perezcan, sino que tengan la vida eterna. Pues Dios no envió su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para el mundo se salve por él* (Juan 3, 16-17). La misión es transmitida por Cristo: "*Como mi Padre me envió, yo os envío*" (Juan 20, 21). "*Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id pues y enseñad a todos los pueblos y bautizadlos... Yo estoy con vosotros siempre hasta el fin del mundo*" (Mat. 28, 18-20). La misión se hace en el Espíritu Santo: "*Vosotros recibiréis la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y vosotros seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra*" (Hechos 1, 8). Esta misión apostólica de la Iglesia procede pues primordialmente de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y no puede concebirse nada más elevado, más santo, más universal, tanto en su origen como en su objeto.

19. El objeto de misión de la Iglesia: comunicar la Redención y sus frutos. ¿Cuál es, en efecto, el objetivo de esta misión, sino hacer conocer a los hombres al verdadero Dios, uno en la Trinidad de personas, el designio de la Redención que él ha realizado por su Hijo, y la Iglesia fundada por Cristo para continuar su obra? La Iglesia ha recibido en su totalidad el depósito de la fe y el de la gracia, toda la verdad revelada y todos los medios de salvación legados por el Redentor: el bautismo (Mat. 28, 19), la Eucaristía, y el sacerdocio; "*Haced esto en memoria mía*" (Lucas 22, 19); la comunión del Espíritu Santo por la imposición de las manos de los Apóstoles (Hechos 8, 17); la remisión de los pecados: "*Recibid el Espíritu Santo. Aquellos a quienes vosotros perdonareis los pecados, les serán perdonados*" (Juan 20, 23); el gobierno de los fieles por el poder de jurisdicción, ejercido en nombre de Cristo y con la asistencia permanente del Espíritu Santo (ver Juan 21, 16-17). He aquí evocadas en pocas palabras las riquezas divinas, de que el Señor ha dotado a su Iglesia, para que ella pueda cumplir sus tareas apostólicas en me-

vuestras sesiones, sino más bien recalcar ciertos puntos de carácter general respecto al problema de la perfección y de la renovación y adaptación de los medios por los cuales tienden hacia ella los individuos y las comunidades.

Hablaremos en *primer* término de la perfección de la vida cristiana en general; *luego* de su realización en las agrupaciones a las que se llama *estados de perfección*, considerando *primero* las relaciones que tienen con sus miembros, *después* las que tienen entre sí y con la Santa Sede.

PRIMERA PARTE:

LA PERFECCION DE LA VIDA CRISTIANA

6. Diferencia entre perfección y estado de perfección. Es importante, en

dio de las vicisitudes de la vida terrena y recorrer los siglos, sin que las puertas del infierno prevalezcan jamás contra ella (ver Mat. 16-18).

20. Elevarse a Dios para participar de la misión redentora de la Iglesia. ¡Dejad que la fuerza invencible, que anima el apostolado de la Iglesia, se adueñe de vuestro espíritu y de vuestro corazón! ¡Ella os llenará de paz y de gozo! "*Tened confianza, yo he vencido al mundo*" (Juan 16, 33). Al elevaros cada vez más, siempre más cerca de Dios, vosotras ampliáis vuestros horizontes y os hacéis tanto más aptas para orientaros en esta tierra. Lejos de encerraros estrechamente en vosotras mismas entre los muros del monasterio, vuestra unión con Dios os ensancha el espíritu y el corazón con las dimensiones del mundo y de la obra redentora de Cristo, que se prolonga en la Iglesia; he aquí lo que os guía, sosteniendo vuestros esfuerzos y haciéndolos fecundos en todo bien.

21. Bendición Apostólica. Nos suplicamos al Señor se digne colmaros de sus dones y acabar la obra que él ha comenzado en vosotras para su mayor gloria; como prenda de sus beneficios, Nos os concedemos de todo corazón, nuestra paternal Bendición Apostólica.

[1] Pío XII, Constitución Apostólica *Provida Mater*, 2-II-1947; A. A. S. 39 (1947) 114-124; en esta Colección: Encicl. 183, p. 1688-1696.

[2] Pío XII, Const. Apost. *Sponsa Christi*, 20-XI-1950; A. A. S. 43 (1951) 5-24; en esta Colección: Encicl. 197, p. 1846-1859.

[3] Pío XII, Constit. Apost. *Sedes Sapientiae*, 31-V-1956; A. A. S. 48 (1956) 354 s.; en esta Colección: Encicl. 220, pág. 2110.

[4] S. Congr. de Religiosos Decreto *Salutaris atque*, 26-III-1956, A. A. S. 48 (1956) 295-296.

El decreto señala el progreso de los últimos 5 años (1950-1956) desde la publicación de *Sponsa Christi*. No podrán celebrarse Congresos en que se dilucidan los temas de los Estados de Perfección sin consultar previamente a la S. C. de Religiosos y dando cuenta de todo después de realizados. La misma S. Congr. encarece a los Obispos convocar a los *Institutos Seculares* que residen y trabajan en la diócesis a Congresos, a reuniones a fin de unificar la acción.

primer término, recordar que el concepto de "perfección" no se identifica, en sentido estricto, con el de "estado de perfección" y que hasta lo excede ampliamente. Puédese en efecto, hallar la perfección cristiana heroica, la del Evangelio y de la Cruz de Cristo, fuera de todo "estado de perfección".

7. La perfección, ¿en qué consiste?

Nos consideramos entonces la tendencia a la perfección como una disposición habitual del alma cristiana, por medio de la cual, no satisfecha con cumplir los deberes que le incumben so pena de pecado, se entrega totalmente a Dios para amarlo, servirle, y se consagra con este mismo objeto al servicio de su prójimo.

La perfección de toda actividad humana libre, así como la de toda criatura racional, consiste en la adhesión voluntaria a Dios. Ciertamente, por la parte que se deriva de la condición misma de la criatura, esta perfección es obligatoria; hay que tender hacia ella so pena de no alcanzar su propio fin último. No hemos de precisar aquí sus elementos. Queremos únicamente hablar de la tendencia habitual y permanente que, más allá de todo lo que cae bajo el peso de la obligación, abarca totalmente al hombre para consagrarlo sin reservas al servicio de Dios. Esta perfección consiste por excelencia en la unión con Dios, que se

efectúa por medio de la caridad; se cumple por consiguiente en la caridad. Se la llama también holocausto perpetuo y universal de sí mismo, llevado a cabo por amor a Dios y a fin de manifestarle deliberadamente este amor.

8. La raíz y la obra de la perfección.

El ideal de la perfección cristiana se arraiga en las enseñanzas de Cristo, en particular en los consejos evangélicos, en su vida, pasión y muerte, manantiales inagotables en los que se alimenta el heroísmo de todas las generaciones cristianas. Abarca también la obra de Cristo, es decir, el servicio de la Iglesia ³⁶ cumplido por amor al Señor, en el lugar y la función que corresponden a cada cual dentro del conjunto del Cuerpo Místico.

9. La extensión del concepto de estado de perfección.

Cada cristiano es invitado a tender a este ideal con todas sus fuerzas, pero su realización se verifica de manera completa y más segura en los tres estados de perfección en la forma descrita por el Derecho Canónico y las Constituciones Apostólicas ya citadas. Particularmente la Constitución "*Provida Mater*"^[5], del 2 de febrero de 1947, sobre *Institutos Seculares* abre el acceso a los estados de perfección al mayor número posible de almas que hoy aspiran ardientemente a una vida más perfecta^[5a]. Sin duda,

[5] Ver nota (1).

[5a] *Pío XII*, Exhort. *Haud mediocri animi gaudio* del 11-II-1958; A. A. S. 50 (1958) 153-161, dirigida a los Superiores Generales de los Institutos Religiosos en la Audiencia concedida el día indicado, les habló de las normas de gobierno, de la disciplina religiosa, de la adhesión a la Iglesia y la selección de candidatos, o sea lo que hace posible una vida más perfecta en los Estados de Perfección.

A continuación daremos integramente el texto de la Alocución:

INTRODUCCION

El tema: *Conducir a la santidad*

- AAS 1. *Saludo del Papa. El fin de la Iglesia y el*
 50 *fin de las Ordenes religiosas: la santidad.* Con
 153 no pequeño gozo de Nuestro espíritu saludamos
 en el Señor a todos vosotros, amadísimos hijos
 154 aquí presente, a quienes el designio amoroso de
 la Divina Providencia ha puesto al frente de
 aquellos que tienden a la perfección evangélica,
 y que, por lo mismo, habéis sido escogidos para
 compartir, y en no pequeña parte, Nuestro oficio
 apostólico. Porque, según hace algunos años re-
 cordábamos al dirigir Nuestra palabra a los

miembros de vuestro *Primer Congreso de los Estados de Perfección*, el instituto de la vida religiosa "*en tanto existe y en tanto tiene valor, en cuanto guarda estrecha relación con el fin mismo de la Iglesia, que es conducir a los hombres al logro de la santidad*" (A. A. S. [1951] 28). Porque la Iglesia, Esposa de Cristo, no respondería plenamente al deseo de Este, ni los mortales volverían sus ojos, llenos de esperanza, a Ella como a "*enseña enarbolada sobre las naciones*" (Is. 11, 12), si no encontraran en su seno hombres que por el ejemplo de su vida aun más que por sus palabras, brillasen llenos de hermosura con el resplandor evangélico.

2. *Los Superiores participan en algo de la jurisdicción papal.* Pues bien, en esta tarea de Nuestro oficio apostólico os hemos escogido, amadísimos hijos, como partícipes de Nuestro supremo cargo, sea directamente delegándoos por medio del *Código de Derecho* algo de Nuestra jurisdicción, sea estableciendo los fundamentos de aquella vuestra potestad que llaman "*dominativa*", al aprobar Nos vuestras Reglas e Institutos. De aquí que Nos interese muy mucho que ejerzáis esta vuestra autoridad conforme a Nuestra mente y la de la Iglesia.

esta Constitución afirma que las asociaciones que no cumplen con las normas prescritas, no constituyen *estados de perfección*, pero no pretende en absoluto que fuera de éstos no exista verdadera inclinación a la perfección.

10. La práctica de la perfección fuera de los estados de perfección. Nos pensamos en este momento en muchos

3. Tema: Colaboración de los Superiores al oficio del Sumo Pontífice de llevar a la santidad. En Nuestra mencionada alocución del Año Santo de 1950, expusimos detalladamente aquellas cosas que conviene sobre todo guarden vuestros súbditos en estos tiempos, y aquellas otras que es conveniente renovar y adaptar. Hoy Nos proponemos determinar brevemente cómo vosotros, encargados de regir a aquellos a quienes entonces hablábamos, debéis colaborar con Nos al fin que perseguimos.

I. LAS NORMAS DE GOBIERNO Y EL AFAN DE NOVEDADES

1) De la obediencia y la prudencia.

4. El deber de los Superiores de firme conducción. En aquella ocasión advertimos a los miembros de los Estados de Perfección que en manera alguna se dejasen llevar, con detrimento de la verdad eterna, por el espíritu de aquella filosofía que llaman "existencialismo" (A. A. S. [1951] 32). Ahora bien, es deber de aquellos a quienes toca gobernar, el conducir lo más seguramente posible a sus súbditos hacia la vida eterna, por las seguras sendas de la verdad sin declinar ni a la derecha ni a la izquierda, y esto con pulso firme y, si preciso fuera, con mano fuerte. Como dice el Patriarca de los que en Occidente tienden a la perfección evangélica: "El Abad nada ha de enseñar, o establecer, o mandar, que esté fuera del precepto del Señor; sino que sus mandatos o enseñanzas ha de hacerlos llegar a las mentes de los discípulos con el fermento de la divina justicia". (Regla de los Monasterios de San Benito, cap. II).

5. Fuente de las normas: Revelación y Magisterio. Los Superiores de los Estados de Perfección han de extraer siempre las normas o principios con qué dirigir a los suyos no de lo que digan muchos, ni de lo que por ahí corren como últimas novedades que enseñar o hacer, dejando a un lado como ya anticuadas las recomendaciones de los padres antiguos, ni de lo que parece más acomodado a las personas que viven en el siglo, sino de la pura fuente de la verdad revelada y de la disciplina del magisterio eclesiástico.

6. Firmeza frente a la amenaza de errores. Ciertamente que es menester ánimo esforzado para ir a veces en contra de lo que agrada a muchos; pero si el Superior no afronta el ser tenido a veces, y por no pocos, como anticuado, ¿cómo guardará íntegra la verdad de Cristo, siempre nueva, ciertamente, pero al mismo tiempo siempre antigua? Incluso respecto a las normas o principios por los cuales ha de dirigirse la enseñanza ascética y el régimen de vida de los Estados de Perfección (como en punto de más gravedad amonestábamos en la Encíclica "Humani Generis", 1950; (A. A. S. [1950] 578; en esta Colección: Encicl. 194, 20, pág. 1805) no faltan hoy quienes, "dándose más de lo justo a novedades..., pretenden sustraerse a la dirección del sagrado Magisterio, hallándose por lo mismo en peligro de apartarse, gradual e imperceptiblemente, de la misma verdad divinamente revelada y de arras-

hombres y mujeres de todas las condiciones, que asumen en el mundo moderno las profesiones y cargos más variados y que, por amor a Dios y para servirlo en el prójimo, le consagran su persona y toda su actividad. Ellos se comprometen a practicar los consejos evangélicos con votos particulares y secretos, conocidos únicamente por Dios, y se dejan guiar, por lo que atañe

trar consigo a otros al error" (A. A. S. 42 [1950] 564; en esta Colección: Encicl. 194, 5, pág. 1795). Ciertamente que menos grave es errar en punto a disciplina sobre costumbres, que en las cosas de fe; pero uno y otro error nos conduce, a su modo y según su propia naturaleza, a la perdición, e indudablemente nos impide y retarda hallar como conviene el soberano Bien.

7. Atenerse a la doctrina ascética de los fundadores y de la Iglesia sin concesión al afán de novedades. Aténganse firmemente los Superiores a una bien equilibrada y sólida doctrina ascética, tal como la transmitieron los primeros Fundadores y como ha sido sancionada por la larga práctica de la Iglesia, y no se aparten de ella por ningunas novedades. Puesto que debemos adherirnos a la verdad no porque ella se atraiga el asentimiento de los hombres, sino porque es verdad infundida por Dios a la naturaleza o benigneamente revelada a los hombres. Habrá, ciertamente quien la censure y denigre; ¿mas por eso dejará de ser verdad y camino que hacia Dios conduce?

8. Prudencia y consultas antes, paternal firmeza en la ejecución después. Ciertamente, el Superior si es prudente pedirá y oírá gustoso muchos consejos; reflexionará mucho y ponderará en su mente el parecer de las personas doctas y discretas; nunca se fiará tanto de sí mismo, como si el peligro de errar no fuese patrimonio de todos los mortales. Pero cumplido esto, después de oír ante todo a aquellos que la Regla le haya dado como consejeros natos, con muchas plegarias al Espíritu tomará, en cuanto sea posible, una decisión segura y determinada; y no tema luego imponérsela como conviene a sus súbditos, con una humilde y paternal firmeza, y reglamentar conforme a ella los actos y la vida de los mismos. "Así como conviene que los discípulos obedezcan al maestro, así es preciso que éste lo disponga todo con previsión y equidad" (Regla de los Monasterios de San Benito, cap. III).

9. Rechazo de los sofismas y conducción firme por la responsabilidad ante Dios. Por lo mismo, cualesquiera que sean los sofismas de algunos a quienes el yugo de la obediencia religiosa parece ya excesivamente pesado para ser impuesto a los hombres de estos tiempos, no echéis nunca en olvido que es deber del Superior conducir a sus súbditos con firmeza aunque ciertamente con toda humildad y con la caridad de Cristo; y asimismo, que el Eterno Juez ha de pedir cuenta de las almas no solamente a cada uno de aquellos, sino también a aquel a quien estuvieron encomendados. "Tenga por cierto (el Abad) que cualquiera que sea el número de hermanos que tenga confiados a su solicitud, en el día del juicio ha de dar cuenta al Señor de las almas de todos ellos" (Regla de los mon. cap. II).

2) De la separación del mundo.

10. Diversidad de la vida de perfección pero único fin: separación real y afectiva del mundo maligno. Con el curso de los años y originándose de día en día nuevas necesidades de las almas,

a la sumisión de la obediencia y la pobreza, por personas que la Iglesia ha juzgado aptas para este fin y a las cuales ella ha confiado el cargo de dirigir a los demás en el ejercicio de la perfección. No falta en estos hombres y mujeres ninguno de los elementos y constitutivos de la perfección cris-

fueron naciendo en la Iglesia, por inspiración del Espíritu Santo, según cabe esperar, ya unas ya otras formas de organizar el género de vida que tiene por fin tender a la perfección. Cada una de ellas exige de sus miembros peculiares modalidades; no se proponen a los clérigos regulares las mismas cosas que a los monjes; ni a los miembros de los Institutos Seculares, últimamente aparecidos, las mismas que a los Religiosos. Pero hay algo que es común a todos y que común permanecerá; porque quienquiera que siga la perfección evangélica ha de retirarse y separarse de este mundo, en la realidad según lo que exija la propia vocación recibida de Dios, en el efecto totalmente. "De este mundo", decimos, del que nuestro Señor y Maestro advertía a sus discípulos: "no sois del mundo" (Jo., 15, 19); y el discípulo amado: "el mundo todo está bajo el maligno" (I Juan 5, 19), y del Doctor de las gentes "el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo" (Gál. 6, 14).

11. *Separación del mundo para llegar a Dios.* En el afecto es menester, ciertamente, que esté por completo separado del mundo quien pretenda vivir para el Señor y servirle perfectamente; porque el Señor es tal que si no se le sirve a El sólo, no se le sirve perfectamente. ¿Y qué bien creado puede ni de lejos compararse con la perfección divina, no digamos igualársele? Quien no purificó su ánimo y lo conserva limpio de la soberbia del mundo y de su múltiple concupiscencia, ¿cómo podrá subir hasta Dios, como con las alas de una caridad, que es propio de la vida que tiende a la perfección?

12. *Separación exterior y afectiva para mantener el fervor y la fe.* Pero, ¿y qué hombre, sujeto a aquella enfermedad que consigo lleva el pecado de nuestro primer padre, a menos que se cuente en el número de aquellos varones perfectísimos, prevenidos de manera extraordinaria por la gracia de Dios, podrá permanecer enteramente libre del afecto a las cosas terrenas si aun en la realidad no se separa de ellas algo y aun mucho, y no se abstiene de las mismas valerosamente? Nadie (salvo que se trate de un oficio encomendado en la Iglesia por la obediencia) puede disfrutar de todas las comodidades en que abunda este siglo ni recrearse con los goces y satisfacciones de los sentidos que cada día con más profusión brinda a sus seguidores, sin que por el mismo hecho pierda algo del espíritu de fe y de caridad para con Dios. Y aún más: quien se permitiese un prolongado aflojamiento, decaese gradual e insensiblemente de propósito de santidad y se lanzase al peligro, tema no se entibien sólo el fervor de la caridad y la lumbre de la fe, sino que venga tal vez a caer miserablemente del elevado estado al que se había esforzado por llegar.

3) *De la sabiduría evangélica y de la sabiduría humana.*

13. *Para juzgar han de abandonarse las normas del mundo y apoyarse en el espíritu del Evangelio, no en la sabiduría humana.* Vuestras normas o principios para juzgar, tanto acerca de las doctrinas y opiniones, como sobre lo que se deba hacer, han de ser diversas de las normas de es-

tiana y de una tendencia efectiva a su adquisición: ellos participan verdaderamente de ella, pese a que no se han comprometido en ningún estado jurídico o canónico de perfección.

11. Invariabilidad de lo esencial y adaptación en lo accesorio. Claro está

te mundo; diversa también la norma de conducta, y diversos asimismo los procedimientos con que pretendáis influir sobre los demás hombres. Vuestras normas o principios para juzgar y valorar debéis tomarlas del Evangelio del Señor y de la doctrina de su Iglesia; porque "plugo a Dios salvar a los creyentes por la locura de su predicación" (I Cor. 1, 21). pues "la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios" (I Cor. 3, 19), y en efecto, "nosotros predicamos a Cristo crucificado" (I Cor. 1, 23). Y si uno, muy lejos de emponzoñar su espíritu con el asiduo contacto de las cosas de este mundo no procura más bien alimentarse cuidadosamente con la lectura y meditación de las cosas de Dios, con el estudio de la sana doctrina y familiarizarse con los escritos de aquellos autores ya antiguos ya modernos que han resplandecido por su firme fe y segura piedad, ¿cómo podrá "gustar las cosas rectas"? (Cfr. Oración de la Misa del Espíritu Santo).

14. *Las mismas normas para la conducta de los súbditos.* Mas también vuestros súbditos han de guardar semejantes normas de conducta. No pueden aspirar a lo que agrada, ni a lo que deleita, ni a lo que es cómodo, sino a solo Dios a Quien no encontrarán sino en la constante represión de sus sentidos y de la voluntad. De la voluntad ante todo por medio de la humildad y la sumisión de la obediencia; de los sentidos mediante la austeridad de vida y la mortificación voluntaria de la carne. Y sin estas ayudas recomendadas en las páginas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento y en toda la tradición de la Iglesia, en vano el alma cristiana se forjará la ilusión de poderse elevar al amor de Dios y del prójimo por amor de Dios.

15. *Las mismas normas para el apostolado.* Pero incluso los métodos por los cuales podréis influir sobre los hombres para conducirlos a Dios, fin último, ¿no son acaso diversos de los que la mente abandonada a sí misma pudiera juzgar eficaces? El apostolado a que aludimos, apóyase por entero en la necesidad de la gracia preveniente que abra los oídos y los corazones de los oyentes, y en la de la gracia adyuvante sin la cual nadie obra el bien conducente a la salvación ni nadie persevera en él. Mas los caminos del Señor no son siempre nuestros caminos. La virtud de mover los ánimos a la fe y a las obras saludables no siempre está en los "persuasivos discursos de la sabiduría humana", sino en la "manifestación del espíritu y del poder" (I Cor. 2, 4); en aquella "manifestación" enteramente misteriosa, mediante la cual brota de la sincera sencillez, de la caridad y fortaleza, una admirable eficacia para persuadir los ánimos y llevarlos a Dios; que no se mueven los hombres al bien con esos procedimientos nuevos y extraños que el ingenio humano excogita cada día, sino por la virtud oculta e invisible de la gracia y de los Sacramentos, especialmente de la Penitencia y de la Eucaristía. Además, quien no se retirare del mundo siquiera durante algún tiempo, y se tomare incluso a diario algunos momentos de reposo para considerar todo esto en una atmósfera piadosa y tranquila de intimidad con el Espíritu de Sabiduría, ¿no se verá acaso contagiado con esa fiebre inquieta y a menudo estéril

que la perfección cristiana en los elementos esenciales de su definición y realización no se aviene a ninguna renovación o adaptación. Mas, puesto que las condiciones de la vida moderna sufren profundos cambios, la forma de aplicarse a ella requerirá por su parte algunas modificaciones. Estas afectarán

de la "acción", que hoy dicen, más aparente que eficaz?

4) *De la observancia religiosa.*

16. *Como antaño, celo por la observancia y disciplina religiosa.* Mas para que vuestros hijos pudiesen vivir en aquella paz y serenidad de ánimo que tanto favorece para la recta estimación de las cosas divinas, vuestros Fundadores, inspirándose en la antigua tradición de la Iglesia, proveniente de los Padres del desierto según la verdadera sabiduría del Evangelio, protegieron los con la que solemos llamar *disciplina u observancia*. Aunque ésta sea diversa según los distintos Institutos, en todos se impone el guardarla. Su necesidad para el fin que os proponéis nace de la misma enfermedad de la naturaleza humana, herida por la llaga original; su eficacia en orden a la consecución de la perfección de la vida cristiana, compruébala como muy apta una larga experiencia antigua y moderna; su santidad ensálzala incesantemente la Iglesia, ora de palabra, ora con hechos.

17. *Dificultades mayores en nuestros tiempos.* Siempre fue ingrata a la naturaleza humana, propensa a la relajación, la observancia que en virtud de la Regla lleva consigo la vida en los Estados de Perfección; pero fácilmente les resulta todavía más ingrata a los hombres de nuestro tiempo, como más acostumbrados a una vida más independiente antes de su entrada en el estado de perfección. Pero ni por esta causa es lícito desestimar ni mucho menos abandonar la disciplina, aunque muy justamente la hayáis acomodado y la acomodáis a las fuerzas de los que actualmente vienen a vosotros, en cosas que no afectan a lo esencial. Igual que en el pasado, también hoy vale aquello de los *Proverbios*: "*Retén firmemente la disciplina, no la dejes: guárdala, mira que es tu vida*" (Prov. 4, 13). Esto que el autor divinamente inspirado dice de la disciplina que cada uno voluntariamente se impone, ¿acaso no se puede aplicar con toda razón a esta otra disciplina que uno, por la profesión de vida más perfecta, abraza y promete guardar? "*Aquellos que sienten el afán de caminar hacia la vida eterna emprenden, por lo mismo, una senda más estrecha y breve; ... y, así, habitando en los monasterios, desean ser gobernados por un abad, para no vivir a su arbitrio ni seguir sus antojos y placeres, sino proceder según el criterio y mandato de otro*" (Regla de los Monasterios de San Benito, cap. V).

18. *Saludable rigor y firmeza paternal de gobierno.* Es, por lo mismo, incumbencia de vuestro oficio ayudar y sostener a vuestros súbditos con firmeza paternal, mediante exhortaciones, avisos, represiones y aun, si necesario fuera, mediante castigos, para que se mantengan en el recto camino, conforme a las Reglas de cada Instituto. Y no es lícito a ningún Superior echar la responsabilidad de su oficio sobre el súbdito tal vez negligente o delincuente diciendo: "*ya tiene edad, allá él, él verá lo que hace*". No juzgará así el Señor, cuando pida cuenta de las almas que os tiene encomendadas: "*Heme aquí contra los pastores, para requerir de sus manos mis ovejas*" (Ezequiel 34, 10). Si alguno, cerrando los ojos,

a quienes viven en los estados de perfección y a quienes no forman parte de ellos; pero mucho más a estos últimos, máxime si ocupan un rango social elevado y los más altos cargos. ¿No están obligados tal vez a rodearse de cierto aparato de comodidad, a participar en fiestas oficiales, a utilizar me-

dejase a su propia suerte a las ovejas, por cualquier motivo descarriadas o desaconsejadas y no las retrajere, con la firmeza de su báculo, de las sendas extraviadas, ¡Dios le reclamará la sangre de las mismas!

La paternal pero verdadera caridad no se manifiesta únicamente en halagar, sino también en dirigir y castigar. Esta firmeza nunca sea dura, nunca iracunda o menos prudente; sea siempre recta y serena; sea mansa y misericordiosa, presta siempre a perdonar y ayudar al hijo que se esfuerza por elevarse del error o de la culpa; pero nunca deje de vigilar ni se canse de hacerlo. Y esta vuestra dirección y vigilancia no sólo han de extender a la vida que solemos llamar "*regular*" y que transcurre dentro de los muros de la Casa religiosa, sino a toda la actividad que los vuestros desarrollan en la viña del Padre de Familias. Conforme a las normas que os hayan prescrito los Jerarcas eclesiásticos a quienes el asunto corresponda, es deber vuestro vigilar la actividad de vuestros súbditos, para que nada hagan que pueda redundar en deterioro de la propia alma o en desdoro y daño de la Iglesia y de las almas, antes bien, que aspiren a procurar su propio bien y el de los prójimos.

II. AL SERVICIO DE LA IGLESIA Y DE LA SANTA SEDE

1) *Todos unidos al servicio de la misma Iglesia.*

19. *Compromiso de luchar unidos por la Iglesia cada uno en su puesto.* Esta vuestra misma Comisión de Superiores Generales que primero, hace algún tiempo, se reunió por propia iniciativa, que espontáneamente continúa reuniéndose y que ha sido aprobada por esta Sede Apostólica como institución permanente y erigida en persona moral, reclama de vosotros una voluntad enteramente dispuesta a trabajar en todo aquello en que la Iglesia quiere utilizar vuestra cooperación. Porque muy bien habéis entendido que todos vosotros formáis un ejército en que, si hay soldados de a pie, y soldados de caballería y flecheros o tiradores, todos, en definitiva, libran la misma sublime batalla. Habéis comprendido claramente cuán oportuno y aun necesario es que, así como el enemigo del nombre de Cristo agrupa cada día más sus fuerzas en un sólo haz que cree invisible, también vosotros y cuantos por Dios militan, en unión de fuerzas, cada uno en su puesto y con sus propias armas, os coliguéis para el logro de la misma victoria general.

20. *Las diferencias humanas y la caridad de Cristo, lazo de unión.* Esta unidad, que encuentra obstáculos en la diversidad de razas, mentalidades, usos y otras cosas humanas, florecerá maravillosamente si en vuestras almas arraiga profundamente la caridad de Cristo, infundida en ellas por el Espíritu Santo. Si esta caridad, venida y otorgada de lo alto, nos encuentra prestos a trabajar, fácilmente romperá las ataduras de cierta demasiado limitada predilección, que por la humana flaqueza suele insensiblemente deslizarse, hacia el propio instituto, muy justamente amado. Porque ciertamente cada uno debe amar al propio Instituto al que la divina Providencia le llamó; debe conformar su espíritu y sus costumbres según las normas del propio Instituto;

37 dios de transporte costosos: todas cosas que parecen difícilmente conciliables con el cuidado constante de mortificación de quienquiera que desee seguir e imitar a Cristo pobre y humilde? Y, sin embargo, en medio de los bienes materiales, ellos no se apartan en absoluto de la cabal consagración de sí mismos a Dios y no dejan de ofrendar al Señor un holocausto sin reservas. Tal es la obra de la gracia que actúa en el hombre según la palabra de Cristo: *lo que es imposible para los hombres es posible para Dios*⁽⁶⁾.

SEGUNDA PARTE:

LOS ESTADOS DE PERFECCION

12. El esquema de desarrollo de las ideas. Ocuparán más abundantemente Nuestra atención los problemas de adaptación y renovación en lo interior de los estados de perfección, y considera-

y hasta cierto punto escoger y desempeñar los ministerios apostólicos en conformidad con sus peculiares normas y métodos; pero vayan todos en concorde servicio de la misma Iglesia, Esposa del mismo Señor y Dios Salvador.

2) Adhesión firme y obediencia omnimoda a la Sede Apostólica.

21. Mayor amor al Vicario de Cristo. Infiérese de aquí que aquella celosa veneración hacia la Cátedra de Pedro y hacia el Vicario de Cristo, que es propia de todos los fieles, la habéis de practicar con especialísima razón vosotros que os esforzáis por llegar a la perfección. Esta Sede Apostólica sabe que vosotros seréis sumisos a la misma más que cualquier otro; confía que seréis pregoneros fidelísimos de la doctrina de verdad salida de esta Cátedra; y espera firmemente que seréis, más que todos, modelos y defensores de la disciplina eclesiástica.

22. Con confianza humilde en medio de las debilidades. Y si alguna vez, en cualquier parte, algo vacila, titubea, yerra, se desgarrar —lo cual es natural en el Reino de Dios en la tierra, donde los buenos andan mezclados con los malos y el trigo con la cizaña—, vosotros, hijos amadísimos, agrupados en torno Nuestro, defended invenciblemente el "Reino de justicia, de amor y de paz", (Prefacio de la Misa de Cristo Rey). No con aquella exagerada confianza en sí mismos, que a Pedro todavía no confirmado por el Espíritu Santo hacía exclamar: "Aunque todos, ... yo no" (Marc. 14, 29), pero sí con igual amor y estribando con humilde confianza en la gracia de vuestra vocación al estado de perfección, podréis prometerlo. Aunque tal vez otros, olvidando el espíritu filial, causaren inquietudes y aflicción a esta Sede Apostólica, nosotros, ciertamente, con la ayuda de Dios recordaremos con la mayor fidelidad las palabras del Señor: "tú... confirma a tus hermanos" (Mat. 16, 18; Luc. 22, 32).

III. LA SELECCION DE CANDIDATOS

23. Más que al número, interesa atender a la a la calidad de los candidatos: sólo aptos y dignos: Para que vuestros Institutos respondan siem-

remos en *primer término las personas que forman parte de ellos, luego las comunidades mismas, en su tendencia hacia la perfección.*

1. Los miembros de los estados de perfección

13. Lo esencial: la consagración a Dios. En cuanto a las personas individuales, Nos recalcaremos tan sólo un punto: lo que hemos dicho, en la primera parte de Nuestro discurso, sobre la perfección de la vida cristiana en general, se aplica a los miembros de todos los estados de perfección y forma su deber primero y esencial, sean ellos inferiores o superiores; deben unirse con Dios mediante la caridad y ofrendarse a El en holocausto, imitar y seguir a Cristo, su doctrina, su vida y su Cruz, consagrarse al servicio de la obra de Cristo, la Iglesia, como miembros selectos y activos del Cuerpo Místico.

pre a estos anhelos del Vicario de Cristo, es incumbencia vuestra no admitir en las filas de vuestros Institutos sino a los jóvenes aptos en todo sentido, o sea selectos en virtud y, en cuanto sea conveniente, también en ingenio y demás dotes. Guardaos de una excesiva preocupación por recoger muchedumbre de candidatos que se tema puedan ser un día menos dignos de vuestra excelsa vocación: porque estos tales, lejos de proporcionar honra y provecho a la Iglesia, le servirán de daño y tristeza.

24. Dios proveerá. Por el contrario, si ateniéndolos a las normas constantemente dictadas por la Iglesia, únicamente admitiereis sujetos verdaderamente dignos, por una parte Dios cuidará de suscitaros tales vocaciones, y por otra el prestigio que ante los hombres reportará vuestro estado, prepararán en muchas almas el camino a la gracia de Dios. Confiad en Dios: si le servís lo más dignamente que pudiereis, será El quien se preocupe de vosotros y de vuestros Institutos para conservarlos y prosperarlos.

CONCLUSION

25. Paternales votos del Santo Padre y amplísima Bendición. Haga el Señor que descendan abundantísimamente la luz y el amor del Espíritu Santo sobre este selecto grupo de sus siervos, para El como para Nos queridísimos entre los demás soldados del mismo ejército. Y al recordar con agradecimiento las prodigiosas apariciones de la Bienaventurada Virgen Inmaculada en la gruta de Lourdes, pedimos que con sus plegarias esta Madre de gracia atraiga tan preclaros dones sobre vosotros sus devotísimos servidores.

En prenda de esta divina benevolencia, Nos con desbordado amor otorgamos afectuosamente la Bendición Apostólica a vosotros, amadísimos hijos, a vuestros auxiliares en el gobierno de vuestros Institutos, a todos vuestros súbditos que trabajan en el mundo entero, aquellos, sobre todo, que se ven perseguidos por los enemigos del Nombre divino.

(6) Lucas 18, 27.

14. La adaptación y la reforma de la vida perfecta, bajo la obediencia. Pero, una vez bien establecida esta obligación esencial, no les está prohibido pensar en la renovación y *adaptación* de los medios de cumplir con ella, sin faltar empero al respeto debido a la tradición y sin derogar las prescripciones que las Constituciones consideran inviolables; los inferiores observarán además la disciplina religiosa, que les prohíbe arrogarse lo que corresponde a la competencia de los Superiores y emprender por su propia iniciativa reformas que no pueden intentar sin autorización de los mismos.

2. Las comunidades en sí

15. Las relaciones entre comunidad y miembro y los obstáculos. Preséntase al análisis un *primer* punto: el de las relaciones mutuas entre la comunidad en su condición de todo y los individuos que la constituyen, superiores o inferiores. *Dos elementos importantes* requieren ser aquí considerados: en *primer* lugar, el espíritu característico, por el que se expresan las relaciones mutuas de las comunidades con sus miembros; *luego*, los obstáculos que originan ciertos perjuicios contra la obediencia religiosa, de la que depende esencialmente la renovación del espíritu propio de la comunidad.

16. La adaptación que modifica y el espíritu del Instituto. Una sociedad organizada constituye un todo y posee una fisonomía típica, que cada uno de sus miembros contribuye por su parte a determinar. Todo esfuerzo de adaptación, emprendido en lo interior de tal agrupación, entraña necesariamente ciertas modificaciones de su espíritu peculiar; esto es, quedan afectadas de algún modo sus fibras más íntimas. Ahora bien, toda sociedad tiene interés en conservar intacto este espíritu, como es su derecho y su deber; desea ver a sus miembros impregnados por él y preocupados por hacerlo penetrar en su vida. La Iglesia, por su parte, y los Soberanos Pontífices, al

aprobar un género de vida determinado, quieren que se conserve en toda su pureza y velan por ello con cuidado.

17. El espíritu del fundador decide. Si se está de acuerdo en reconocer a los Superiores mayores el derecho de decir a sus inferiores cuál es el espíritu de su comunidad, queda planteada para todos una cuestión: ¿dónde hallar la expresión objetiva de este espíritu? Los Superiores mayores no pueden decirlo de acuerdo a su gusto o impresión, aun cuando sea con toda buena fe y sinceridad. Si el Superior mayor es a la vez el fundador, y si recibió de la Iglesia la aprobación a sus ideas personales como norma de un estado de perfección, le es siempre lícito apelar a sus propias intenciones. Pero en el caso contrario, tiene que remontarse a la idea del fundador, tal como está expresada en las Constituciones aprobadas por la Iglesia. No le es suficiente, pues, una convicción subjetiva, aun cuando esté apoyada por uno u otro pasaje de las Constituciones. Cuando el Superior propone a los miembros de su comunidad el verdadero espíritu del fundador, ejerce su derecho y los inferiores deben en conciencia obedecerle. Los derechos de los Superiores y los deberes de los inferiores son en esto correlativos. La Iglesia y los Soberanos Pontífices quieren siempre defender los derechos y urgir los deberes, pero sin salirse de los justos límites. Para evitar el exasperar a los unos y a los otros y conservar la paz, es suficiente que cada cual reconozca y practique esta norma, que fue desde hace siglos la de la Iglesia y de los Papas, y permanece siempre en vigor.

18. La atmósfera de confusión y las objeciones a la obediencia. Con respecto a las dificultades de la obediencia religiosa, se nota que el movimiento de adaptación ha originado en este campo cierta tensión; no es que falte un deseo sincero de tender a la perfección por medio de la obediencia, sino que se acentúan hoy ciertos rasgos que hasta religiosos serios y de conciencia

³⁹ delicada quisieran ver desaparecer. Se la acusa en particular de poner en peligro la dignidad humana del religioso, de trabar la maduración de su personalidad, de falsear su orientación hacia solo Dios. Estas objeciones se apoyan, al parecer, en ciertas desilusiones experimentadas personalmente o notadas en otros y apelan al mismo tiempo a diversas consideraciones jurídicas.

19. La solución de las dificultades y el sentido de la sumisión. A fin de disipar un sentimiento de tristeza, originado en una errónea interpretación de los principios que gobiernan la vida religiosa o en errores prácticos en su aplicación, recuérdese ante todo la palabra del Señor: *Venid a mí cuantos andáis cansados y agobiados y yo os aliviaré... Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas*⁽⁷⁾. Si el Señor exhorta así a los hombres a cargar con su yugo, es para enseñarles que más allá de la observancia legal, fácilmente onerosa y dura de llevar, les queda por descubrir el sentido de la verdadera sumisión y de la humildad cristiana.

20. La actitud del súbdito y del Superior. Muy lejos de agraviar la dignidad del que se les somete, ellas le liberan interiormente, le representan la aceptación de su estado de sujeción no como constricción impuesta desde afuera, sino como entrega de sí mismo en las manos de Dios cuya voluntad se manifiesta a través de la autoridad visible de quienes tienen misión de mandar. El Superior por su parte, ha de ejercer sus poderes en el mismo espíritu evangélico: *El más grande entre vosotros pórtese como el más joven y el que manda como el siervo*⁽⁸⁾. La firmeza necesaria ha de correr siempre pareja en él con el respeto profundo y la delicadeza de un corazón paternal.

21. El desenvolvimiento de la personalidad humana bajo la obediencia; la objeción del "infantilismo". ¿Obstacu-

liza el estado religioso la evolución armónica de la personalidad humana? ¿La obliga a quedarse en cierto *infantilismo*, como algunos pretenden?

¡Obsérvese, pues, sin prejuicios, el comportamiento de los hombres que pertenecen a los estados de perfección! Nadie se atreve, por cierto, a afirmar que la mayoría de ellos padecen de infantilismo en su vida intelectual y afectiva o en su acción. Ni nadie podría tampoco, llevando más lejos la objeción, pretender que, a la larga, por lo menos, las Comunidades y los Superiores los constriñen a adoptar formas de pensar y actuar que pueden merecer tal reproche. Los que se lamentan de ello tienen que recordar que SAN ⁴⁰ PABLO, al establecer para los fieles la finalidad de una vida ordenada de acuerdo a la fe, los invita a crecer en la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta constituir *al hombre perfecto, en la fuerza de su edad, el cual realiza la plenitud de Cristo*. Así —continúa— *nosotros no seremos más niños vacilantes*⁽⁹⁾. El Apóstol no les permite, pues, a los fieles, ceder al infantilismo, sino que exige que se vuelvan *hombres perfectos*. Por lo demás, en la primera Epístola a los Corintios, él rechazaba del modo más explícito en los cristianos adultos las formas de pensar y sentir que caracterizan a la infancia. *Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Pero llegado a ser hombre, hice desaparecer lo que era del niño*⁽¹⁰⁾.

Nos citábamos este texto ya en Nuestra alocución del 18 de abril de 1952 sobre educación de la conciencia cristiana, para recordar que el papel de una sana educación es el de enseñar al hombre a usar juiciosamente su libertad y a prescindir del educador. Que todo miembro de los estados de perfección, Superior o inferior, aplique a sí mismo las palabras del Apóstol; entonces todo peligro de infantilismo desvanecerá, sin afectar por ello el respeto

(7) Mateo 11, 29.

(8) Lucas 22, 26.

(9) Efesios 4, 12-13.

(10) I Corintios 13, 11.

a la autoridad legítima ni a la sumisión sincera de sus decisiones.

Tampoco volveremos sobre lo que dijimos en Nuestra alocución del 8 de diciembre de 1950 al primer Congreso de los estados de perfección^[11], en contestación a las objeciones movidas contra una supuesta disminución del valor personal y social del religioso; si sus derechos sufren cierta limitación, el estado a que él pertenece, la ofrenda que de sí mismo hace mediante la obediencia, le confieren una dignidad que retribuye ampliamente el sacrificio aceptado.

22. La obediencia al Superior no interfiere los derechos de Dios. Sácanse asimismo argumentos contra la obediencia del hecho que la sujeción del hombre ante el Superior se opone, dicen, al dominio supremo y directo de Dios sobre las conciencias. Pretender que el hombre dependa de otro hasta en su vida personal y su actividad, ¿no es conferir al Superior prerrogativas reservadas solamente a Dios?

En efecto, la Iglesia jamás ha defendido ni aprobado semejante tesis. Ella considera la obediencia como medio de llevar al hombre hacia Dios. Puesto que el motivo que la inspira es el de la unión con Dios y que está ordenada como a su fin la acrecentación de la caridad, el Superior no constituye en absoluto un obstáculo interpuesto entre Dios y el inferior que desvía en beneficio propio el homenaje dirigido únicamente a Dios. El Superior no puede mandar sino en nombre del Señor y en virtud de los poderes de su cargo, y el inferior no debe obedecer sino por amor a Cristo y no por motivos humanos de utilidad y conveniencia; menos aún, por pura obligación. Por consiguiente, él guardará, en la más completa sumisión, la diligencia gozosa de quien ratifica, por el empeño concreto de cada día, la ofrenda total de sí mismo al Maestro único.

3. *Las relaciones mutuas de las Comunidades*

23. Las relaciones de las comunidades entre sí. El programa de vuestro segundo Congreso General enuncia que éste ha de tratar con amplitud acerca de las relaciones de las comunidades entre sí, en la línea del movimiento de renovación y adaptación que vosotros procuráis. No es tampoco Nuestro designio entrar aquí en detalles. Nos tenemos, por otra parte, la seguridad de que se observarán fielmente las reglas fijadas por la *S. Congregación de Religiosos*. Nos bastará con recordar que, aun conservando las distancias que existen y deben existir entre las comunidades, hay que tender con sinceridad y benevolencia a la unión y a la colaboración. Existe, en efecto, una especie de *bien común* de las comunidades, que supone que cada una está dispuesta a tener en cuenta a las demás, a adaptarse a las exigencias de una coordinación que entraña también necesariamente alguna renuncia con miras al bien general.

24. Las enseñanzas de San Pablo sobre el organismo determinan las relaciones de las comunidades. De vuestras comunidades, unidas por la gracia divina en el Cuerpo de la Iglesia, vale por analogía lo que SAN PABLO expone en el pasaje muy conocido de la primera Epístola a los Corintios⁽¹²⁾, sobre las relaciones de los miembros entre sí: cada cual de los que pertenecen al Cuerpo merece a este título el auxilio de la colaboración de todos con miras al único bien común, el de la Santa Iglesia. Fácil es inferir de ello los sentimientos de aprecio, de benevolencia, de amabilidad, el deseo de colaborar, la santa emulación, el desprendimiento magnánimo, que presidirán las relaciones de las comunidades entre sí. Cada miembro deberá por cierto tener interés en su naturaleza y función propia dentro del cuerpo, pero ha de entender también y respetar la función de los

(11) *Pío XII*, Alocución *Annus Sacer*, al primer Congreso de los Estados de Perfección, 8-XII-1950;

A. A. S. 43 (1951) 28.

(12) I Corintios 12, 12-27.

demás y saber avenirse con los mismos con miras al mayor bien común.

4. *Sus relaciones con la Santa Sede*

25. Las relaciones de las comunidades con la Santa Sede. Cuanto toca a las relaciones de los estados de perfección con el Vicario de Cristo y la Santa Sede, no necesita casi ser recordado: las prerrogativas de la Sede Apostólica, fundadas en la institución del mismo Cristo, y que la Iglesia en el transcurso de los siglos ha dilucidado y precisado, deben permanecer inquebrantables y sagradas. Si todo fiel las respeta y se conforma a ellas, los que se hallan en un estado de perfección sabrán sobre este punto dar ejemplo a todos. Es necesario entonces buscar y conservar el contacto con él. En la Encíclica "*Humani generis*"⁽¹³⁾, Nos hemos recalcado que la voluntad de evitar el contacto y de mantener distancias fue una razón importante de los errores y desviaciones en ella señalados; y esta postura lamentable fue en particular la de ciertos miembros de los estados de perfección. Este contacto, para ser eficaz, será lleno de confianza, de sinceridad, de docilidad.

26. Las informaciones a la Santa Sede. La Sede Apostólica desea recibir de vosotros informaciones no sólo verídicas, sino también francas, que permitan conocer el verdadero estado de cada comunidad por lo que atañe a la doctrina religiosa y la administración temporal o lo que sea. Sólo así es posible promover el bien y corregir oportunamente el mal, ya que en las disposiciones de espíritu favorables de que Nos hablamos, es que las respuestas, reglas e instrucciones de la Santa Sede producen sus frutos.

27. El reproche de la centralización atribuida a la Santa Sede. Hay una cosa más sobre la cual Nos no queremos desaprovechar la oportunidad de

decir una palabra, esto es, la voluntad de *centralización* que muchos atribuyen o reprochan a la Santa Sede. La palabra *centralización* puede designar un sistema de gobierno que pretende asumir todo, decidirlo todo, dirigirlo todo, reduciendo a los subalternos al simple papel de instrumentos. Esta centralización es absolutamente ajena al espíritu de los Pontífices Romanos y de la Sede Apostólica. Pero la Santa Sede no puede renunciar a su calidad de centro director de la Iglesia. Aun dejando a los Superiores constituidos las iniciativas previstas por las Constituciones, ella debe conservar su derecho y ejercer su función de vigilancia.

Lo que convendría decir referente a la renovación y adaptación de las relaciones de las comunidades entre sí y con la Santa Sede se halla suficientemente indicado, Nos parece, en vuestro programa. Los principios que Nos hemos recordado, os brindan un rumbo y no Nos cabe duda de que sabréis profundizarlos con provecho.

CONCLUSIÓN

28. Resumen de lo tratado y finalidad del discurso. El ámbito de la perfección, en el que algo Nos hemos internado con vosotros, es muy vasto y muy hermoso mas quedan en él zonas por explorar. Nos hemos llamado vuestra atención sobre la perfección en general y sobre la perfección dentro del estado de perfección. Numerosos son hoy día no sólo los clérigos y religiosos, sino también los seglares que se interesan por estas cuestiones; al cotejarlas con ciertas ideas y principios modernos, vislumbran en ellas problemas serios y complejos, cuya solución se les escapa no obstante, pese al vivo deseo que tienen de hallarla. Por ello, Nos hemos querido proporcionarles algunas luces, recordando los principios que permiten contestarlas.

⁽¹³⁾ Pío XII, Encíclica *Humani Generis in rebus*, 12-VIII-1950; A. A. S. 42 (1950) 561; en esta

Colección: Encicl. 194, pág. 1793 ss.

29. La caridad, vínculo de perfección y Bendición Apostólica. Concluyendo este discurso, Nos os dejaremos un pensamiento más de SAN PABLO en su Epístola a los Colosenses: *Por encima de todo, tened caridad, en la cual se anuda la perfección*⁽¹⁴⁾. Más allá de los problemas y discusiones,

procurad sobre todo la unión con Dios, y os acercaréis continuamente más a la perfección. Esta es la gracia que Nos os deseamos y que imploramos sobre vosotros del Altísimo, otorgándoos desde lo más hondo de Nuestro corazón Nuestra paternal Bendición Apostólica.

PIO PAPA XII.

(14) Colosenses 3, 14.